

CIA
DAL



742



J. GARCIA MERCADAL

LOS CACHORROS
DEL LEON

NOVELA





Los cachorros del León.

OBRAS

DE

JOSÉ GARCÍA MERCADAL

DEL JARDIN DE LAS DOLORAS.—Impresiones, con prólogo de D. Ramón de Campoamor.

FRENTE A LA VIDA.—Crónicas, con prólogo de don Rafael Pamplona Escudero.

ZARAGOZA EN TRANVIA.—Crónicas.

ANTE EL CENTENARIO.—ZARAGOZANAS.—Crónicas, con prólogo de F. Aznar Navarro.

NOVELAS ESCOGIDAS.—Primer viaje... primera entrevista.—Novela.—Biblioteca Ateneo.

LOS QUE ESPERAN.—Cuentos, con prólogo de Andrés González Blanco.—Biblioteca Argensola.

CUENTISTAS ARAGONESES EN PROSA.—Antología.

EL VIAJERO DEL SIETE.—Novela. (Publicada en "Los Contemporáneos".)

REMANSO DE DOLOR.—Novela.—Biblioteca Ateneo.

LOS CACHORROS DEL LEÓN.—Novela.

EN PREPARACIÓN

EL RITMO DEL SILENCIO.—Novela.

RELIQUIA DE AMOR.—Novela.

DEL GANCHO A LA MELENA.—Cuentos zaragozanos.

LO QUE CUESTAN LOS HIJOS.—Novela.

R 022521



JOSÉ GARCÍA MERCADAL

N.º TÍTULO: 71556

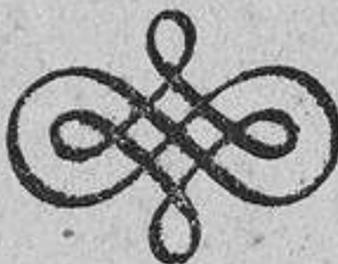
CÓDIGO BARRAS: 1086888

LOS

CACHORROS DEL LEÓN

NOVELA

Cheyne
May 1963



MADRID

Imprenta de "Alrededor del F. no".

Calle de los Caños, 4.

1912

ES PROPIEDAD DEL AU-
TOR. QUEDA HECHO EL
DEPÓSITO QUE MARCA LA
LEY.

*A cuantos hombres sinceros lean estas páginas,
á cuantos sepan mantener sus ideas políticas, sean
las que fueren, lejos de la lepra personalista que
tantas inteligencias corroe, á cuantos admiren sin
envidia y juzguen sin pasión y opinen por cima
de su interés y lejos de su egoísmo, dedicado va
este libro con toda simpatía y toda fraternidad.*

J. G. M.



I

**ANTECEDENTES DEL HÉROE.—LA AGONÍA DEL
LEÓN.—LOS HOMBRES REPRESENTATIVOS DE
LA TIERRA ALACONESA**

HESPERIA vibró de un extremo á otro, conmovida en lo más profundo de sus entrañas, ante el augurio apremiante de una vida que se extinguía, de un fiero coloso rendido á la implacable segur de la Muerte.

Durante algunos años la historia de Hesperia, encallejonada en un desfiladero de coloniales desastres políticos y guerreros, habíase detenido á esperar un cambio violento en su desarrollo, una conmoción intensa del suelo nacional, algo que variando la marcha de los engranajes sociales, abriera ancho cauce de paz y de progreso en el curso vital de la patria.

El pueblo, acampado en suicidas inercias, esperaba la presencia del Mesías que viniera á sacarle del grave atolladero en que torpes políticos habíanle metido.

Una voz de profecía, que desde un Sinaí de redención cernióse sobre las multitudes ignaras,

dejó vislumbrar próximo el instante salvador que encendiera la aurora de un vivir nuevo. Fué la voz del caudillo Juan Corazón, un hombre formidable, verdadero cíclope extraviado en una ruin generación encanijada, el cual, armándose Quijote de una orden redentora, lanzóse á cabalgar por el anchuroso Montiel de las más crudas realidades de su patria. Y es gran verdad que no lo hiciera por goce y sorpresa de aventuras, aunque hartó fuera buscarlas vestir sayal predicador en tierra de sordos contumaces; ni hubo tampoco de arrastrarle el interés de propias ambiciones, ya que la vida de Juan Corazón fué un gesto de desdén para toda clase de honores y beneficios.

El recogió la triste herencia de una patria que se desangraba enmedio del arroyo, abandonada por sus hijos empavorecidos tras el desastre; y tronó su voz como estallido estentóreo de la gran tormenta de su corazón y su cerebro, cargados en su dolor y pesadumbre con todas las desventuras de su Hesperia querida; y vibró en aquélla la pretensión de alzar una leva de hombres honrados, de patriotas espíritus, almas viriles que arder supieran en holocausto de una idea, voluntades dispuestas al caudillaje de aquel fiero Prometeo desencadenado, en cuyas entrañas hundie-

ran sus corvos picos todos los gerifaltes de las desventuras sociales, y en cuyo corazón ardía santo y magnánimo el deseo de redimir á Hesperia de una servidumbre odiada y combatida.

La servidumbre política.

Por espacio de algunos años los ojos del pueblo habían estado puestos en aquel apóstol, cuyas pupilas fulguraban los resplandores de un gran incendio interior. En su apostolado, y después de tronar iracundo y violento, colérico y altivo, siendo el verbo elocuente de la verdad, sabía infantilizar su espíritu y hablar á los hombres como si fuesen niños, perfumando sus palabras con los aromas de la piedad y robusteciéndolas con el vigor augusto de la justicia, sentimientos ambos que dominaron su vida y su obra.

Fué un maestro vestido con arreos de caudillo, derramando todas sus arengas una sana y redentora enseñanza. El pueblo puso en él su atención, pero fué sólo embobarse ante el gesto del tribuno, extática la mirada en una execrable admiración inerte, sin despertar del sueño provocado por el pesimismo de los tiempos calamitosos y ante el estruendo de los apóstrofes violentos, ni poner el espíritu á compás con aquel borbotante fluir de la pedagogía redentora del Maestro, atenta en sus

principios á concertar dentro del problema nacional la estrecha relación de cerebro y estómago, de escuela y despensa.

La personalidad de Juan Corazón era tan cimera y su carácter moral tan único, que le fué imposible no ya encontrar lugartenientes que secundasen su cruzada, sino hasta tolerar la convivencia con otros caudillos que no lograron escalar la cima de sinceridad por él dominada, allí donde su robusta personalidad erguía vecina de las nubes.

Los progresos de una cruel enfermedad nerviosa que minaba su existencia, y el intenso dolor de verse desoído por la pasividad suicida de sus compatriotas, hiciéronle refugiarse en el apartado rincón nativo. De allí salió un día para predicar á su pueblo la buena nueva, y allá hubo de tornar al cabo del tiempo descorazonado, con el mismo gesto de todos los vapuleados Quijotes que en el mundo han sido, caballero de un ideal en tierra vil de mercaderes.

Y allí, en el retiro, consumiéndose en la tarea nunca saciada de sus estudios, la Seca vino á llamar á su puerta, avisándole de que pronto volvería en busca de su espíritu.

Miguel de Calanda, paisano del Héroe, fué quien hubo de llamar la atención sobre su próxima muerte. Maestro de periodistas, su pluma vióse siempre en la vanguardia de las buenas causas; más de una y más de cien veces, subsanó con ella injustificados olvidos y abrió camino á merecidas recordaciones, enterando á los gobiernos de Hesperia del vencimiento prolongado de deudas de honor, contraídas por la patria con algunos de sus hijos ilustres, muertos en pobreza de hogares sin pan, regados con las lágrimas de huérfanos y viudas hambrientos y desventurados.

El artículo de Calanda logró resonancia hasta en los más apartados rincones de Hesperia. En el partido de los rojos la noticia hubo de caer como una bomba. La prosa restallante del periodista cruzó con su latiguar airado el rostro de santones y guerrilleros, de pequeños caudillos y grandes farsantes. Todo ese mundo triquiñuelista de los ocmités, juntas de distrito y pequeñas camarillas de barrio, cloaca de bajas ruindades y ambiciones mezquinas, se sintió conmovido. Y las miradas bovinas y estúpidas de los sordos, de los que respondieran á sus arengas con una pasividad de perros al sol, volviéronse hacia aquel apartado rincón de la patria, donde en modesta vivienda

y lecho de cruentos dolores físicos y morales, dejaba de latir abandonado el corazón más grande de Hesperia.

Por aquellos días los periódicos hesperianos, faltos de actualidad que les prestase interés, de puro sosos caíanse de las manos. El país vegetaba cabe una tranquilidad de desierto abisinio, mejor aún, de moscovita estepa, ya que sobre los campos extendíase desoladora la crudeza invernal de un principio de año.

En tal situación, la noticia de la grave enfermedad de Corazón vino como traída de la mano por un hada bienhechora. Y desde los primeros instantes no fué enfermedad, fué muerte próxima; pues si por un lado los rotativos necesitaban sincerar de algún modo sus largas tiradas de prosa maciza y la copiosa trailla de sus informaciones telegráficas y telefónicas, por otra parte las máquinas de imprimir marchan tan deprisa, que no es extraño adelantasen en su camino á la muerte.

Y allá fueron á invadir el refugio del Héroe los representantes de toda aquella ridícula comarsería, los que habiéndole dejado en el abandono y sabiendo de su gravedad en ocasión de no tener otro mejor asunto con que llenar sus periódicos

cos, juzgaron buena ocasión para dar interés á sus hojas con el aprovechamiento de la dolencia, evitando de paso el aquietarse del raudal continuo de la venta.

Por eso, entre los corondeles de las primeras planas periodísticas y en sus grandes cabeceras de letras negras y llamativas, la enfermedad del Maestro sustituyó la novela de unos despojos de mujer, hallados en la margen de uno de los ríos hesperianos de mayor importancia.

Alacón fué un pueblo de leyenda, un antiguo reino de los que se soldaron para constituir la unidad hesperiana, correspondiéndole acrecer al fondo común de la patria conjunta, no sólo una historia intachable, henchida de páginas gloriosas, sino “el culto á la justicia, el recto sentido de la realidad, la tenacidad en los propósitos, la prudencia y el arte en el obrar y el tacto de la vida”.

Juan Corazón era la encarnación del carácter legendario de su raza glorificada. Nadie más compenetrado con el espíritu de su pueblo, de aquel pueblo que imprimiera en él la huella in-

deleble de su carácter, como antes habíala impreso en la naturaleza de sus hijos más ilustres, en toda la noble estirpe de regionales glorias.

Era el postrer alarido de una larga serie de caracteres, hombres representativos que habían señalado la marca de su pueblo en las ciencias, en las artes y en las letras. Los unos salieran de Alacón para enseñar el idioma patrio en la cuna misma de la lengua madre; los otros, escribiendo la historia particular de su pueblo, habían legado provechosa lección á los historiadores del mundo; alguno, elevado á las altas cumbres del poder, hubo de dejar profunda memoria en la gobernación del país; y algún otro, nacido en cuna humildísima, supo someter á sus genialidades de artista el imperio de los reyes, el orgullo de las grandes damas, las altiveces donairosas de las majas y la bravucona gallardía de los chisperos, que unos y otros por todo pasaban, con tal de conseguir que su mágico pincel los inmortalizase.

Juan Corazón debía ser considerado cronológicamente como el último de estos hombres representativos. Con él agonizaba una raza. Alacón hasta tal punto había llegado á empequeñecerse, que buena parte de sus altas prendas caracterís-

ticas quedaban fosilizadas entre los pergaminos de sus cronicones históricos.

En el carácter de Corazón, como en los de aquellos otros sus conterráneos ilustres de las pasadas centurias, parecía haber cuajado la perspectiva de las tierras en que á nacer vinieron. Los cabezos pelados de la tierra alaconesa eran sequedad en el espíritu, poco dado á engalanarse con vanos perifollos é insustanciales arrequives; su enérgica rudeza eran los ríos, desprendidos de los encrespados montes que sirven de frontera natural á la patria, arrastrando en invierno los témpanos de nieve de las altas cimas, de aquellas cuyos contornos se desvanecen entre las brumas espesas de la niebla; y su noble franqueza, la panda llanura de sus vegas, tierra abierta y leal, poco preparada para las traiciones de las sorpresas y emboscadas guerreras.

En todo momento los hombres representativos de la región fueron el paisaje alaconés hecho carne, lo seco, austero y rígido de los descampados, la rudeza y altiva independendencia de sus sierras, la rebelde impetuosidad de sus ríos acrecidos por los deshielos, toda la esencia del amplio escenario de sus vidas. Juan Corazón fué el último indisciplinado de Alacón, noble tierra de altivos re-

beldes, que hubieron de defender sus leyes hasta contra sus mismos monarcas, siempre que éstos pretendieron desconocerlas ó interpretarlas torcidamente. Los que no supieron ó no quisieron entenderle, como borregos acansinados marchaban, en rebaño y con el hocico rasando la tierra, contando guijarros en vez de estrellas, guiados en su éxodo de miseria por tres ó cuatro mercachifles—rabadanes alzados en jefes por haber muerto sin sucesión los pastores—los cuales encauzaban la inerte sumisión de aquel pueblo en decadencia, tantas veces calificado de indomable por historiadores y poetas de estro heroico.

Corazón salió al paso del rebaño como salió Don Quijote al paso de los galeotes, llevado de su nobleza desinteresada y arrastrado por su amor á la libertad. Y también como Don Quijote vióse apedreado por los villanos á quienes pensó hacer bien, los cuales tanto caso hicieron de sus predicaciones como del viento suave que pasa sin humillar las enceradas mieses.

Y hasta después de su muerte hubo de perseguirle la desconsideración de aquellos por quienes sacrificó su vida, que morir crucificado es el final de todo redentor, en este bajo mundo de intrigantuelos y miserables.

II

LA HERMANA Y LOS ÍNTIMOS DEL MAESTRO.—
LA ASAMBLEA DE LOS ROJOS.—LA NOCHE TRÁ-
GICA DE CORAZÓN.—EL LEÓN NO RECIBE

REINABA en la casa de Corazón ese silencio inquietante con que el dolor gusta de rodearse, siempre que invade un hogar como mensajero adelantado de la muerte. Espaciábase la quietud á lo largo de los pasillos, y desde el portal á los desvanes, en todas sus habitaciones, las arañas del silencio tejían de un extremo á otro sus redes invisibles.

De tiempo en tiempo abríase una puerta para dar paso á cierta honesta dama, la hermana de Corazón, cuyo negro traje entonaba la impresión del callado ambiente. Y en su rostro cenceño, hendido por las señales de un perdurable sufrimiento, y en sus undosos cabellos, blanqueados por la acción de los años, mostrábanse las huellas de un largo vivir en dolor.

Sabido es que las vidas de los grandes hombres, de aquellos que cargaron sobre sus espaldas el peso de una poderosa intelectualidad, llevan á los hogares inquietudes amargas y dolientes zozobras, siendo martirio constante para los seres humildes que con ellos conviven en la estrecha relación cotidiana. La hermana de Corazón tenía cruzadas las estaciones todas de un doloroso vía-crucis; muchas veces el silencio del hermano, entrando en el hogar abrumado por las contrariedades, hubo de metérsele corazón adentro con la impiedad lacerante de un hierro homicida. Mas todo lo sufrió con paciente espíritu sereno. El aura del prestigio fraterno que hasta el umbral de su puerta llegaba, no consiguió jamás turbar la noble serenidad, el augusto reposo de su vida quieta. Nunca sintió deseos de cambiar su horizonte, ni de ir á ver aquellas tierras en donde los admiradores de su hermano bullían. ¿Para qué? Ella era una pobre mujer, sin más obligación que la de tener dispuesto á todas horas el refugio hogareño, allí donde el luchador tornaba de tiempo en tiempo descorazonado, no de sus fuerzas, que nunca desmayaran, sino de las de aquellos que él buscaba para soldados de su cruzada redentora.

Cuando se supo la gravedad de Corazón al-

guien, presintiéndola junto al lecho del enfermo, hubo de adivinarla con estas sencillas palabras: "Es una hermana que vale por una madre".

Juan Corazón padecía, desde diez y ocho años antes, una grave enfermedad nerviosa, una atrofia muscular progresiva, complicada á última hora, á consecuencia de la hemiplejia, con pequeña hemorragia cerebral. En otra persona, combatiéndolo á tiempo, el mal hubiera podido vencerse. Corazón no sintió nunca los pinchazos de su dolor, entregado como estaba en cuerpo y alma al estudio de la terapéutica de su patria enferma. No pensó nunca en otra cosa que no fueran sus estudios, sus campañas regeneradoras, y antes puso la atención en los peligros que amenazaban la tranquilidad de su patria, que en los que devoraban las energías de su cuerpo. Por eso, cuando el mal dijo "es mi hora", no era posible que la ciencia de curar encontrase la suya. Era ya tarde.

Sobre esta irremediabilidad de la dolencia versaba el cuchicheo de tres ó cuatro personas de la intimidad corazonista, las cuales, sentadas entorno á una mesa camilla, conversaban en una de las habitaciones cercanas á la alcoba del enfermo.

El paso de la hermana de Corazón les hizo enmudecer breves instantes, y una vez vuelta junto á la cabecera del paciente, la conversación se reanudó en voz baja.

—Triste es confesarlo—dijo uno de los contertulios,—pero el pobre se muere sin que nada podamos hacer para salvarle. ¡Pobre Corazón!

—¡Pobre Hesperia!—exclamó casi al unísono un hombre joven, de buena estatura, cuyos gruesos labios rojos disimulábanse entre los encrespados bigotes y la negra barba rizada.

—No pobre Hesperia,—añadió el primero—sino ciega, inconsciente ó desagradecida, que así deja morir abandonado al más patriota de sus hijos.

—Así es, pero no debe cargarse sobre las espaldas de la patria lo que es culpa de media docena de farsantes políticos, embacaudores del pueblo.

—¡El pueblo...! ¡Bueno está el pueblo! ¡Quién sino él debió hace tiempo haber lapidado á esos falsos apóstoles, culpables de la angustiosa situación que atraviesa la patria? ¡Quién sino el pueblo ha sido sordo para las predicaciones de nuestro amigo, que le mostraban entre las brumas del porvenir el camino de la tierra prometida? ¡Quién sino el pueblo encendió en su pecho

la justa cólera que exacerba sus humores, nacida en el dolor de verle mirar impávido el proceso rápido de su decadencia...? Y no quiero decir más; insensiblemente fuí alzando la voz, y el pobre Juan pudiera creer que al pie de su lecho, reproducimos el cuadro de una patria entretenida en discutir la víspera de su muerte...

—En verdad que la patria—añadió un tercero, que hasta entonces no despegara sus labios—no se ha portado bien con Corazón.

—Efectivamente,—apuntó el joven de la barba negra,—no se ha portado bien. Pero debemos tener en cuenta que nuestro pueblo vive desvanecido bajo la impresión del desastre. Tan sólo Corazón y algunos elementos sanos y estudiosos de nuestra juventud intelectual, han reaccionado contra el aplanamiento en que nos hundió la catástrofe. Los demás no se sabe si duermen ó si están muertos. Los que no duermen son nuestros infaustos gobernantes, aprovechando, en beneficio propio y de sus camarillas, la somnolencia de sus conciudadanos. Y es triste cosa decir la patria, cuando debiera decirse los traidores de la política nacional.

—Eso es muy cierto—dijo el que primero habló.—Además, como Corazón siempre se man-

tuvo frente al régimen actual, no es extraño que los Gobiernos le hayan hecho el vacío.

—Nadie se duele del olvido de los gobernantes, con los cuales ni Corazón ni sus amigos podemos aceptar concomitancia alguna—exclamó el joven.—Lo que clama al cielo es la actitud de ese malhadado partido de los rojos, emponzoñado con los personalismos, y siendo, salvo la chapa del collar, jauría de los mismos perros que se reparten el país.

—¿Y no harán nada á última hora, cuando el caudillo agoniza, que demuestre tardíamente su arrepentimiento por tan indisculpable desvío?—hubo de inquirir el más anciano de los interlocutores.

—No lo sé, todavía me resta alguna esperanza—respondió el joven.—Mucho debo fiar en la carta que escribí hace cuatro días, antes de salir de Hoscabe, cuando me enviaron ustedes noticia de la agravación del mal.

—¿Una carta! ¿A quién?

—Sí, una carta, para nuestro ilustre paisano el maestro Calanda. Su pluma es la única que puede dar el toque de atención necesario.

—Hombre, pues en el bolsillo llevo el periódico; me lo ha dado el cartero cuando hacia aquí venía.

—Veamos si dice algo que nos interese—repuso el autor de la carta, rompiendo la faja y desplegando el periódico en donde Calanda insertaba sus crónicas casi diariamente.

Todos permanecieron ansiosos, mientras Mario Escós, que así se llamaba el joven, recorría con sus miradas rápidamente las titulares de la primera plana del periódico.

—Señores, aquí está el artículo—dijo Escós solemnemente.

—¿Cómo se titula?—preguntó el anciano.

—La agonía del león—exclamó aquél leyendo.

—¡Magistral...! Veamos el texto, que debe ser digno de Corazón siendo de Calanda.

Agrupáronse todos, inclinando sus bustos hacia el centro de la mesa, y Escós, en voz entonada, aunque previniendo la vecindad del paciente, dió lectura al artículo, el mismo artículo que Hesperia entera leía en aquellos instantes, con la impresión de estar oyendo sonar en sus oídos la voz conminadora de su conciencia.

Unos años antes, y con motivo de cierta asamblea que el partido de los rojos celebró en Farsa-

la, capital del antiguo reino de Alacón, para dis-
cutir nuevas orientaciones de los municipios, Co-
razón había dejado su refugio y acudido á la pa-
lestra, llevando la voz de las aspiraciones genera-
les del país. Su verbo tribunicio, la henchida ma-
jestuosidad de su oratoria clásica, la arrogancia
contundente de sus violentos apóstrofes, inflama-
ron el espíritu de esa masa inconsciente que en
los tiempos actuales llena las asambleas popula-
res, y que, desgraciadamente para los sembrado-
res de ideas, si rápidamente se entusiasman con
no menor rapidez recobran su pasividad primi-
tiva.

Tal fué el ardimiento provocado por los dis-
cursos del tribuno, que Corazón pensó un momen-
to si no sería llegada la ocasión de aprovechar
aquel encendido fervor de sus correligionarios,
arrostrando la batalla decisiva que desterrase el
régimen odiado. Bien pronto pudo convencerse de
la escasa virtualidad de aquellas ovaciones con
que se recibieran sus arengas.

Un periodiquín de Farsala, queriendo empañar
la límpida personalidad del caudillo, hubo de
lanzar sobre el hombre honrado cierta especie
injuriosa. Los rojos leyeron la infamia y tuvie-
ron un momento de indecisión, la bastante para

que en la mente del caudillo se desvanecieran todas sus confianzas y echase raíces en su corazón una inmensa tristeza. Solo, sin que ninguno de los suyos le siguiese, marchó en busca del periodista injuriante, con ánimo de escupirle al rostro su villanía. Pero, no pudo hallarle: el malsín había puesto tierra por medio, escapando á las justas iras de aquél á quien tan hondamente había ofendido.

Tornó Corazón al hotel en aquella noche trágica, y desde el balcón hubo de arengar á las muchedumbres que le aclamaban delirantes. Pero, á medida que sus candentes arengas caían sobre el mar de cabezas que en hormiguero inmenso se agitaba ante su tribuna callejera, apagado se veía el fuego generador de aquel cerebro y de aquel corazón privilegiados; y ante el ruido de los aplausos, desvanecía el efecto que hubieran podido producir las ideas vertidas, si hubiesen logrado arraigar en el cerebro de aquella masa humana.

Si cuando Corazón abandonó aquella noche el balcón que fuera su tribuna, alguien hubiera podido asomarse á su espíritu, seguramente habría visto que algo se quebraba en él, con escondida vibración de estrechos vínculos desgarrados. Era

el hilo de la esperanza en el pueblo, hecho pedazos ante la dormida energía indespertable de una raza, si ayer de leones, hoy de borregos.

Entonces fué cuando sus ojos buscaron en la estancia, invadida por comisiones mil que habían subido á saludarle, unos hombros donde apoyar el quebranto de su cuerpo, un pecho amigo donde calmar la agitación de su espíritu. Diputados, concejales, presidentes é individuos de juntas y comités, todos pasaron bajo la requisa de su mirada indagadora, la mirada de sus grandes ojos apostólicos, y todos sufrieron la repulsa interna de su voluntad sentenciadora.

Avanzando en la estancia, cruzóla de parte á parte; y llegándose hasta uno de los rincones, en donde permanecían desconocidos dos hombres del pueblo, bravos tipos de la raza montañesa del Alacón alto que vinieran dando guardia al caudillo, les tendió los brazos diciendo:

—Venid á mí, vosotros que sois puros, y dadme vuestros brazos, que me ahoga el aire de Farsala.

Y hundiendo su cabeza de león en el pecho de aquellos fieros montañeses, volvió la espalda al coro reunido de la farándula política provincialiana.

La noche se había entrado por los amplios linderos del tiempo metida en crudezas y rebosando frigidísimas bocanadas de viento venido de los nevados riscos.

Dormía Gradas, bajo la peña enorme que un monasterio legendario corona, preso en el cinturón de las montañas históricas de Sierra Pirene. A lo largo de sus calles, viejas y típicas, no se descubría ni el menor rastro de seres humanos. Pasadizos y encrucijadas eran galerías sombrías de un vasto caserón, abandonado por sus moradores. En su caserío, sembrado de solariegas mansiones, ni una ventana alumbrada que taladrase la sombra, ni un balcón á través de cuyas vidrieras la vida se manifestase en un iluminado cristal.

Por el descuidado camino que sube hasta semejante paraje de espiritual retiro, avanzaba, no á mucha marcha, un pesado automóvil de servicio. En su interior, y tiritando bajo las pieles de sus luengos gabanes, dos hombres de alguna edad son-dormían, denunciando las fatigas de un largo viaje en pleno invierno.

Habían tomado el automóvil en Hoscabe y se dirigían á Gradas. Varios ríos y un acueducto, sobre cuyos arcos un canal moderno deslizaba sus aguas, habrían recordado á los viajeros, caso de

haber tenido humor para fijarse en detalles del panorama, que debían hallarse cerca del pueblo donde hiciera trapa de sus desengaños el primer campeón que la "política hidráulica" había tenido en Hesperia.

—Debemos estar llegando—dijo uno de los viajeros, de barba entrecana y elevada estatura, rompiendo el silencio en que ambos vinieran envueltos, á tiempo que removía sus largas piernas entumecidas.

—Ya me parece que es hora, querido amigo—exclamó el otro, también adornado en su rostro por una espesa barba.

—Esto está donde Cristo dió las tres voces.

—No se podrá usted quejar, explorador de espíritus. Salimos en busca del león, y no tropezamos con él hasta no llegar á lo más intrincado de la selva.

—Pero... ¿usted cree que podremos verle?

—Hombre, yo creo que sí. El es irreductible, pero al mismo tiempo es un niño. ¡Ya lo verá usted!

—¡Mire que tendría gracia, después de un viaje tan largo, si nos diese con la puerta en las narices!

—A mí no me haría ninguna—interrumpió

violentamente el caballero de la barba entrecana.

—Tampoco á mí, no lo crea usted. Pero, bien mirado, sería la actitud más bella, la más gallarda, la más conforme con el carácter de este hosco luchador desengañado. El desprecio mantenido hasta más allá de la muerte.

—Vaya, vaya, déjese usted de garambainas, y prepárese á bajar, que ya estamos llegando. ¡Cuidado con las pulmonías, que por aquí deben andar como Pedro por su casa!

Efectivamente, á los pocos minutos el automóvil se detuvo, y los viajeros descendieron del coche para encaminarse al domicilio de Juan Corazón, cuya grave enfermedad les había puesto en viaje.

Siguieron andando breve espacio de tiempo, guiados en su éxodo por un mozalbete, y al fin, encontráronse ante la casa del Héroe.

La puerta estaba cerrada.



**LA BATALLA DEL LEÓN, LA TREGUA DEL TIEM-
PO Y LA VICTORIA DE LA MUERTE**

JUAN Corazón había roto sus relaciones con el mundo, enterrando bajo la ceniza de sus más crudos desdenes todas sus ansias de reformador hesperiano. Era propósito inútil pretender galvanizar un cadáver. Vivía tan sólo para sus libros, para sus legajos, para su labor de políglota, sin tener más vida de relación que la visita de media docena de íntimos, los únicos que podían llamarse amigos suyos.

Y allí, sobre los libros, entregado en cuerpo y alma á una labor intelectual enorme, capaz de consumir la más robusta naturaleza, cuanto más la suya, en exceso quebrantada por males físicos y morales, esperó la muerte sin dejar el apresuramiento laborioso de su tarea.

Al agravarse, la prensa no quiso cargar con la responsabilidad de haberle dejado morir en silencio. Era preciso clamorear su agonía. Hay pueblos, y Hesperia es uno de ellos, que no son para apreciar el valor de sus hijos mientras éstos viven; pero luego, cuando la muerte anula sus potencias, saben acudir á enterrarlos con gran pompa y estruendo.

Además, en el caso de Juan Corazón y para explicarse lo póstumo del homenaje, era preciso tener en cuenta su carácter. Un hombre intransigente, de olímpica altivez, caminante rectilíneo de la verdad, irreductible, sediento de justicia, no es fácil que marche acompañado en un país de ambiente hipócrita, lleno de falacias y erizado de ruindades, sostenido sobre el inseguro andamiaje de una tabla de valores falsos. Por eso, aún agonizante, muchos no se atrevieron á llegar hasta los pies de su lecho mortuorio. Porque, quedando apenas sangre en sus venas, aún se temían sus zarpazos.

Como emisarios de la prensa hesperiana habían llegado aquellos dos ilustres periodistas hasta el apartado Gradas, escondido entre las estribaciones de Sierra Pirene, los cuales, al encontrar cerrado el portón en la ancestral morada del Héroe

desdeñoso, hubieron menester de recios aldabonazos para que el paso se les franquease. Cuando parientes y deudos riñeron descomunal batalla con el inflexible que en el lecho yacía, reclinada su cabeza en la almohada y revueltas las greñas de su cabellera empapada en sudor, uno de los amigos salió de la estancia, y encontrando en la entrada á los dos periodistas les dijo:

—Mucho nos ha costado arrancarle el permiso, pero por fin, pueden ustedes pasar.

Los periodistas se miraron aturridos. Dijérase que no esperaban semejante acogida.

—¿Entraremos los dos?—preguntó uno de ellos.

—No,—contestó el más viejo.—A usted, el hombre que sabe soñar, sería expuesto ponerle á discutir con este gran soñador que nos aguarda. Acabarían por estar acordes. Entraré yo solo, que acaso no sepa soñar, pero sé vivir.

—Es verdad, entre usted.

Y mientras el uno cruzaba los umbrales del santuario, su acompañante quedaba solo en la estancia encalada, cubierta buena parte de sus paredes con amplios estantes, abarrotados de henchidos legajos.

El hombre que sabía soñar hundióse en la meditación en la antesala del Héroe, trayendo á su

memoria algunos de los apóstrofes de Juan Co-razón.

El había señalado el momento inicial de una redención, cuando exclamara: *Ha concluído el áureo reinado de los Augustos y empieza la férrea y homicida labor de los Trajanos y de los Teodosios. No será ya desde hoy el poder una satisfacción: será un sacrificio y una cruz. Quien no sienta vocación más que para el Capitolio, quien no vea en el poder sino sus esplendores, eso que de ordinario se ha mirado en él, un instrumento para decorar el miserable minuto presente del gobernante; quien no haya de gobernar por amor de Dios, puestos los ojos en la fosa y en el olvido que le aguardan para la hora siguiente, no nos sirve. Necesitamos en el gobierno "impersonales"; Bismarcks injertos en San Franciscos de Asis, con más de San Francisco que de Bismarck. ¿Los hay? Puede dudarse, aunque son muchos los que lo creen. Pero, de todos modos, no se lo preguntemos á nadie; inquirámoslo por nosotros mismos".*

El había puesto de relieve los grandes defectos nacionales, para hacer reaccionar la atonía de la patria, diciendo: *"Todo, menos seguir un año y otro año nuestra agonía sin consuelo y sin es-*

peranza, objeto de lástimas y piedad de parte de los pueblos que, como las vírgenes sabias, no dejaron apagar su lámpara ó se apresuraron á reencenderla; todo, menos que se nos represente coronados y penitentes, diciendo que sufrimos pero no padecemos, que hemos tomado demasiado "filosóficamente" el desastre; todo, menos seguir reprimiendo la ira que rebosa en nuestros corazones y consintiendo cobardemente, como hemos consentido hasta ahora, que nos pongan el pie al cuello y se lo tengan puesto al país sujetos que debieran arrastrar grilletes en el presidio ú ocupar una celda en el manicomio ó un banco en la escuela; todo menos seguir engañándonos con la ilusión de estas instituciones de papel, que inocentemente hemos tomado en serio: Parlamentos de mozos, que no sirven para ganarse la vida en el trabajo ó el estudio y van á divertirse con el país, hasta hacerle rodar en el abismo; ministerios desalumbrados, que parecen no haber estudiado en otro libro que aquél de Benjamín Franklin, "arte de hacer una nación chica con una grande", arbitristas de imperio abisinio, que presumen redimir la Hacienda subiendo el precio del sello de correos y rebajando el presupuesto de Fomento; escuelas de todos grados, que en vez de mejorar

al hombre natural, dotándolo con alguna nueva excelencia, lo malean con un falso barniz de civilización, que pervierte sus cualidades nativas; Diputaciones provinciales, las más de las cuales encierran un presidio en potencia; simulacros de Tribunales, donde rara vez penetran las personas honradas sin dejar en ellos la dignidad ó el caudal, especie de clavo pintado de que no podría colgarse una capa que no fuese pintura también, y del cual, sin embargo, está colgado todo un pueblo, compuesto de diez y ocho millones de hesperianos, declarados libres por la Constitución..."

El había dicho una vez, mostrando al mismo tiempo que la ternura de su corazón la violencia de sus apóstrofes, lo siguiente: "Nosotros no podemos olvidar tampoco que todos los años mueren millares de niños: unos, porque en las Diputaciones constituídas por hombres sin honor, unos cuantos diputados asesinos, entregan á una nodriza mal pagada tres ó cuatro niños; otros, abandonados en medio del arroyo, pobres ángeles de alas desplegadas por la miseria y el frío, que se pasan la vida vagando, pidiendo un centimito por amor de Dios, para que al cabo del día vayan á caer amodorrados en el quicio de un portal y el sereno los arroje de allí de un puntapié y el juez

de guardia los recoja cadáveres al despuntar el día”.

También fué él, Juan Corazón, quien mostrara á la patria las normas de una pedagogía que la redimiera, al decirla: *“El honor y la seguridad de la nación no se hallan hoy en manos de los soldados: están en manos de los que aran la tierra, de los que cavan la viña, de los que plantan el naranjo, de los que pastorean la cabaña, de los que arrancan el mineral, de los que forjan el hierro, de los que equipan la nave, de los que tejen el algodón, de los que conducen el tren, de los que represan la lluvia, de los que construyen los puentes, de los que estampan los libros, de los que acudalan la ciencia, de los que hacen los hombres y los ciudadanos educando á la niñez. De esas escuelas saldrán los soldados, de esas forjas saldrán los cañones, de esos montes bajarán los navíos, de esos canales nacerá la sangre, de ese hierro brotará la fortaleza, de ese algodón y de ese cáñamo y de esos árboles saldrán las tiendas de campaña y las velas y el asta sagrada que ha de desplegar al viento la bandera rejuvenecida de la patria”.*

Antón Zoraya, que así se nombraba el periodista filósofo, devanando en silencio aquellas videntes palabras, veía incierto el éxito que pudie-

ra obtener su compañero. Y hubiera dudado por completo, si no recordase los cariños que Juan Corazón había sentido siempre para la prensa, á la que asignó parte principal en la obra redentora que él había forjado.

“Los periódicos—había dicho—son como el herrero que en la fragua y el yunque funden las ideas y las aceran y refinan para assimilarlas en los espíritus. Ellos van iluminando la vida pública, como el labrador traza los surcos en el suelo y el poeta sus versos. Las páginas de Virgilio son más hermosas que las de la Odisea y el Ramayana. Tan beneficioso es el surco del labrador en el campo como el de los periódicos en los espíritus. La labor del periodista parece responder al antiguo refrán: “Tierra blanca, simiente negra, cinco bueyes á una reja”. O sea, tierra blanca las cuartillas; simiente negra la tinta; cinco bueyes á la reja, los cinco dedos de la mano derecha. La pluma del sabio es el surco del espíritu que cosechan las civilizaciones”.

El ruido de una puerta que se abría detuvo el desfile rememorativo del filósofo, para acudir al llamamiento de su compañero.

—¿Qué hay?—preguntó con bien manifiesta ansiedad.

—Hay..., que hemos triunfado.

—¡Triunfado!

—En toda la línea.

Y el que hiciese antesala penetró en la alcoba donde Juan Corazón yacía, rendido tras la gran batalla en que fuera vencido su irreductible carácter.

No fué pequeño el triunfo de los emisarios de la prensa. Juan Corazón tenía resuelto abandonarse en brazos de la muerte, sin requerir los auxilios de la ciencia. Apoyaba el razonamiento de su enemiga para ceder á intervenciones terapéuticas, en que si la medicina de hace un siglo es negativa, la de hoy lo será el siglo venidero.

Llegaron los periodistas, delegados de un interés nacional, y tras ruda pelea, consiguieron que el gigante cediera en sus intransigencias y abriese su puerta á los discípulos de Galeno. ¡Acaso fué porque ya no creía ni en Galeno ni en sus discípulos, por lo que se dejó vencer! ¡Qué más le daba!

Funcionó el telégrafo, vinieron los médicos, y

Juan Corazón sometióse á sus interrogaciones, á sus reconocimientos, á todo cuanto creyeron necesario. Y la ciencia concretó su parecer en un diagnóstico que Hesperia conoció telegráficamente. El diagnóstico decía así: "El enfermo padece una amiotropía miopática progresiva con estado esclerósico, que ha originado estos últimos días la bradicardia ó lentitud de pulso, descendiendo el número de pulsaciones á 46 por minuto; albuminuria y ligero edema pulmonar, más intenso en el lado derecho".

Con el retorno de los médicos en el mismo automóvil que les trajera, volvió la calma al Gradás conmovido por su llegada. La nube de corresponsales y fotógrafos, á quienes la muerte inminente del gran hombre había convocado, dispersóse ante la noticia de su menor gravedad.

La dolencia de Juan Corazón hubo de aquietarse en un remanso de engañosa tranquilidad. Tal fué la calma de abrumadora, el estancamiento del mal se alargó de tal modo, que Hesperia comenzó á poner menos atención en los telegramas cuotidianamente similares que de Gradás le llegaban, distrayéndose con otros sucesos de menos monta pero diariamente renovados; los semanarios ilustrados cesaron de reproducir las vis-

tas de Gradass que venían publicando, ya que los fotógrafos no lograron penetrar en el "Sancta Sanctorum" del Maestro; y hasta los mismos periodistas allí acudidos, después de agotar en sus crónicas la descripción del pueblo y de sus alrededores, de sus monumentos y de sus leyendas, hoy uno, mañana otro, todos fueron desfilando, empujados por el aburrimiento que entenebrecía sus cortesanos espíritus bullangueros y febriles.

A las dos semanas de la consulta médica no quedaban en Gradass más que los parientes de Corazón, entre ellos su hermano Mamés, y los dos ó tres amigos de toda su vida; los únicos que podían honrarse con haber estado siempre en su corazón, los que nunca le habían vuelto las espaldas, los que llevaban su sangre, los que tenían fe ciega en sus ideas, los que estaban unidos á él por una amistad nacida en la infancia y robustecida durante toda una vida.

Y estando solo con aquellos, con los que únicamente debía estar, fué cuando la Muerte, augusta y solemne, no atracción de feria cuyo espectáculo deba anunciarse con trompetas y ser librado á la curiosidad de los extraños, acercándose á la cabecera de su lecho, se inclinó al oído del

Maestro para contarle el secreto más grande de la vida.

En reducida alcoba encuéntrase el lecho de Juan Corazón. Su cabeza de apóstol, con la maraña de su canosa cabellera despeinada, se hunde en la almohada. Sus ojos enormes, abiertos como en éxtasis, recorren con una mirada vaga el espacio. Su cuerpo inmóvil, yacente bajo las ropas pulcras, muéstrase en quietud de sepulcro. Sólo sus ojos viven en aquel gigante cuerpo desplomado; sus ojos y sus manos descarnadas, que de rato en rato estrujan los embozos de las sábanas, crispándose los dedos por la fuerza nerviosa de una violencia que no tiene otra válvula de escape.

La figura de Juan Corazón, aun vista en el lecho, corresponde á la grandeza de su personalidad. Descúbrese la estatura más que mediana, y á pesar de los estragos causados en su cuerpo por tan tenaz dolencia, se le imagina ancho y recio bajo el rebozo de las sábanas. De entre ellas emerge la robusta y poderosa cabeza del pensador ilustre, adivinándose la cortedad de cuello, disimulado bajo el cenizoso manto de la barba poblada,

que parece rendir su pesadumbre en el desierto de los blancos lienzos.

Fruncido el ceño, dilatadas sus grandes pupilas, vive en los ojos el incendio de un gran sufrimiento, rumiado en el silencio de un hosco carácter que incomunicó su dolor con el consuelo de cuantos le rodean.

Habla, y sus palabras borbotan hirvientes entre sus labios; lanza sus imprecaciones, y sus mejillas se enrojecen intensamente; y sus ojos se hinchan, se enraman en sangre, acabando por llenarse de lágrimas que ruedan por su rostro apoplético. Hay allí, bajo aquel cuerpo que se deshace lentamente, un corazón gigante que se despide de la vida, y al desgarrar una á una sus fibras en el silencio de una misteriosa renunciación, las sombras eternas que sobre su espíritu anohecen le amenazan con sepultar á Hesperia, la patria querida cuya historia se propusiera inútilmente rectificar, para la que fueron todos sus amores y todos sus desvelos, todas sus preocupaciones y todas sus esperanzas.

Fuera de la alcoba, en la estancia invadida de libros y legajos manuscritos, de revistas amarillentas y viejos periódicos, dos ó tres amigos velan fieles el insomnio del enfermo, haciendo com-

pañía á su hermano Mamés. Junto á la cabecera su hermana, sentada en una silla, observa callada el vagar loco de las miradas del hermano.

Hay un momento en que Corazón doliente, girando los ojos del lado de la hermana, detiene su mirar en los cabellos blancos como en un reposo de amor intenso, de dulce y tranquilo fraternal amor. Ella le ve mirarla, mudo, y piensa que en sus labios hay un deseo, un querer algo que decir no se quiere; y se levanta, sobre su pecho se inclina, á tiempo que el apóstol, sin abrir paréntesis á su silencio, pone los labios sobre la frente pura. Y apenas si suena un beso, largo y sosegado, tácita confesión de un cariño que emerge de lo hondo.

Dos días hace que se ha perdido toda esperanza de salvarle, habiéndose presentado los fatales síntomas definitivos de la enfermedad. La ciencia lucha desesperadamente; viendo los progresos del mal ordena un baño templado, tras él una sangría, y tras la sangría una fuerte inyección de suero de Hayem. Pero, todo es inútil, y la muerte cuestión de horas.

Mediaba la noche cuando el cuerpo de Juan Corazón entró en el período agónico. Su espíritu había huído para siempre, dejando á la materia que

se debatiese en los últimos baluartes de la vida.

La familia y los dos ó tres amigos que presenciaron la agonía del enfermo, vieron cómo la muerte, tranquila y dulcemente, apagaba los últimos destellos de aquel gran hombre, de aquel gran incomprendido, de aquel gran patriota.



IV

EL PLEITO DE LOS SEPULTUREROS.—UN GO-
BERNADOR EN BRASAS.—EL TRIUNFO
DE FARSALA

S i los historiadores del porvenir dijeran que, conocida la muerte de Juan Corazón Hesperia entera se conmovió doliente, mentirían como unos bellacos, es decir, como unos historiadores. Para que una muerte produzca impresión es preciso que sea repentina, sorprendiéndonos en la creencia de un saludable estado; la agonía de Corazón se prolongó tanto, que al expirar ya no había quien no estuviese acostumbrado á la idea de su pérdida. Aún hay más: si quisiéramos ser veraces, habríamos de decir que había muchos fatigados ante la gravedad de aquel ilustre enfermo que nunca se moría. Pero no lo diremos, porque no es menester.

Lo que sí diremos, porque es verdad y necesario al desarrollo de esta crónica, sólo á medias histórica, es que para muchos la muerte de Juan

Corazón fué como un peso que se les quitaba de encima, como la extinción de una perenne amenaza que se cerniera hasta entonces sobre sus mediocres espíritus concusionarios.

La vida de estos grandes fiscales, y ninguno lo fuera tanto como Juan Corazón, que acometen el arduo empeño de enjuiciar á los venales servidores de la patria, está siempre pendiente, como cuchilla de guillotina, sobre el honor y el porvenir de los grandes negociantes de la política. Por eso, todos aquellos amenazados por su sinceridad y crudeza fiscalizadoras, que temieron en vida sus trenos de Isaías implacable, al saberlo muerto respiraron tranquilos, siendo los primeros en acudir á mojar con sus lágrimas hipócritas, por telégrafo transmitidas, el paño negro de su túmulo funerario. Y entre los despachos de los pocos que verdaderamente sintieran su muerte, y los de tantas y tantas sociedades y juntas que por rutina transmitían su duelo, llegaron á la casa los telegramas de aquellos á quienes, vivo el muerto, hubiérales dado con la puerta en las narices.

Los dos ó tres amigos íntimos de Corazón, no queriendo interrumpir en su abatimiento á los más próximos parientes del difunto, dispusieron

colocarle en la misma habitación que había ocupado, hasta que se acordara si había ó no de ser expuesto al público su cadáver. Vistiéronle un traje negro de levita, metieron sus manos en la estrecha cárcel de unos guantes del mismo color que la ropa, y depositaron su cuerpo sobre un colchón, entre montañas de libros y papeles, compañeros de Corazón hasta más allá de la muerte.

En el exterior, el pueblo entero de Gradass se había reunido en masa frente á la morada del tribuno; en los rostros compungidos, y en el silencio respetuoso y grave de todas aquellas gentes congregadas, denunciábase la expresión de un pesame general, cuya triste nota vibraba en el aire por el tañido lúgubre de las campanas.

Pasados los primeros instantes de estupor, comenzó á pensarse en la organización del entierro. Gradass de una parte, con el sincero cariño de un padre amantísimo; Farsala de otra, con la voz llorosa de una culpable arrepentida; y por último, la capital de Hesperia por boca de sus caudillos rojos, las tres ciudades reclamaban el señalado honor de guardar los restos del muerto.

A todo correr de un automóvil, exclusivamente comprado para aquel objeto, llegó á Gradass D. Baltasar del Tigris, el más ilustre de los pró-

ceres de Farsala, acompañado por dos periodistas y un fotógrafo, los tres famosos en las crónicas de la información sensacional.

El caballero del Tigris, una vez ante los deudos de Corazón, hizoles presente el sentimiento unánime de Farsala, cuya representación hubo de adjudicarse, y á la vez expuso los títulos indiscutibles de la ciudad para recoger los restos del tribuno.

Al hermano de Corazón no le convencieron los argumentos del representante de Farsala, y anegado en la avalancha póstuma de los honores dispensados al muerto, contestó:

—Agradezco vivamente sus palabras, pero no puedo acceder á su petición. El cadáver de mi hermano ya no nos pertenece. Es de Hesperia, y en la capital del reino hesperiano donde debe recibir sepultura.

El caballero del Tigris y sus acompañantes sintiéronse abrumados ante la gravedad de aquella voz, que aunque no en el espíritu, en el timbre recordábales la del muerto; con los carrillos al rojo y chasqueados en sus pretensiones, volvieron á ocupar el automóvil y pusieron rumbo á Farsala, trayéndose algunas placas impresionadas por el fotógrafo, para que no se dijera que

volvían con las manos completamente vacías.

Mientras los nombrados emisarios de Farsala tornaban, los médicos hubieron de practicar el embalsamamiento del cadáver, para dar tiempo á que se resolviese el tan intrincado pleito de su sepultura. Y al día siguiente, sin que nada definitivo se hubiera resuelto, la comitiva fúnebre se puso en marcha hacia la capital de Hesperia.

La inquietud desparramóse por Farsala, desde que se supo denegada la petición del caballero del Tigris á los deudos de Corazón. En los casinos de los rojos la efervescencia fué grande aquella noche, cuando se enteraron de que las palabras de D. Baltasar habían sido desatendidas. ¡Y para esto había tenido el comentado rasgo de *nabab* que le hiciera esclavo de la gasolina!

En Farsala esto de haber desatendido á D. Baltasar parecía inaudito. Calcúlese el efecto que haría en un rebaño, ver que una oveja pacífica se volvía contra su pastor. Algo semejante parecía en la capital alaconesa aquella descortesía. Porque D. Baltasar era espejo de eclécticas amabilidades. De tiempo en tiempo se declaraba rojo,

pero lo mismo acompañaba al rey de Hesperia que besaba el anillo á un obispo ó convidaba á comer á un caudillo de los carlinos. Blancos y negros, verdes y morados, todos gozaban de sus simpatías, pudiendo decirse que su vida social era un arco-iris.

En los centros oficiales se temía estallase una que fuese sonada, cuando al siguiente día pasasen de largo por Farsala los restos de Juan Corazón. Todo era de esperar. Las comadrijas disolventes atizaban el fuego de los exaltados, ganosas de provocar disturbios y movimientos populares. Y el pueblo, eterno comparsa, disponíase á representar el drama ideado para ponerle en danza.

Era preciso asaltar el tren, rescatar el cadáver, y enterrarlo en Farsala costase lo que costase.

Cerca se hallaban las siete de la tarde, faltaba poco más de una hora para la llegada del tren fúnebre, y el gobernador medía á grandes pasos su despacho, intranquilo y temeroso por lo que ocurrir pudiera. En la antesala, los periodistas acechaban informaciones de posibles acontecimientos, mientras en los patios interiores resonaban de tiempo en tiempo las espuelas de los guardias civiles.

Pasó media hora, que fué de agonía para aquel

desdichado representante del Poder central, y en una de sus idas y venidas, maquinalmente, puso el dedo en el timbre eléctrico que tenía junto á su mesa. Al momento presentóse en la puerta un ordenanza.

—¿He llamado?—interrogó la primera autoridad, viéndose interrumpido en su pasear de fiera enjaulada.

El ordenanza pensó un momento en si el gobernador habría perdido la razón.

—¿Está el coche?—siguió preguntando, sin esperar á que le respondiesen.

—Hace un rato que espera—contestó el ordenanza.

—Está bien. Puede retirarse.

Y tornó á hundirse en el mar proceloso de sus inquietudes, de donde nuevamente hubo de sacarle la voz del ordenanza, que pedía permiso para entrar.

—Adelante—exclamó enérgico. Y volvióse hacia el intruso, con ánimo de recriminarle. Pero al ver en sus manos un telegrama, el ahogo del estómago subió á su garganta, la vista nublósele un instante, y á no buscar apoyo en la mesa hubiera venido al suelo.

Cuando se rehizo un poco, cogió el telegrama

que le tendía el ordenanza y, rasgándolo nervioso, acercóse á la luz de la mesa para leerlo. De nuevo estuvo á punto de caer desvanecido, esta vez á causa de una gratísima sorpresa. El Gobierno suspendía el entierro en la capital de Hesperia, ordenando la inhumación en la necrópolis de Farsala.

—Mi gabán, mi bastón, aprisa.

Casi no dió tiempo al ordenanza para que le colocase aquél, y saliendo aceleradamente del despacho, cruzó por entre los periodistas como alma que lleva el diablo.

—¡Qué hay, qué hay, señor gobernador!—exclamaron á coro los chicos de la prensa, persiguiéndole hasta la puerta de la calle.

Y ya desde el carruaje, á tiempo que el tronco arrancaba al galope, hubo de gritarles:

—¡Que nos hemos salvado!

¿Qué sucedió en la capital de Hesperia, para que tan de repente el Gobierno cambiase el programa del entierro de Corazón? ¿Hubo sospechas de que los rojos aprovecharan la ocasión para unificar sus disgregadas huestes, en las mismas na-

rices del régimen? ¿Se temió algún alzamiento popular, como la mejor manera de honrar al muerto antes de encerrarle en su sepulcro? De todo esto debió haber algo, cuando sin explicación alguna se detuvo á mitad de camino el entierro del caudillo, no permitiendo que llegase, como quedara dispuesto, hasta la misma capital de Hesperia.

La causa de Farsala resultó triunfante, merced á esta variación del programa. Por eso, cuando en los andenes de la estación del Norte súpose la noticia de que el muerto enterraríase en la capital alaconesa, las muchedumbres que esperaban el paso del cadáver dispuestas á cometer un desaguisado, aplaudieron frenéticas, creyentes, confiadas en una falsa victoria de sus arrestos, y ajenas á los hilos ocultos que mueven siempre los muñecos en el inmundo guiñol de la política.

Cuando el tren que conducía á Corazón muerto entró en la estación de Farsala, invadida por todo un pueblo, bajo la alta techumbre de hierro se hizo un silencio profundo, mezcla de respeto y dolor. Avanzaba la máquina pausadamente, como imbuída por la sagrada carga que arrastraba, y abriéndose calle entre el apelmazamiento de la muchedumbre acudida. Fueron unos segundos de

imponderable recogimiento espiritual, como si cuantos allí estaban comulgasen en la eucaristía de aquel noble espíritu que se había apagado para siempre.

Y, quebróse el encanto, cuando el hermano del caudillo apareció en la portezuela de uno de los coches del tren fúnebre, para saludar á las autoridades que esperaban el cadáver. Cuando aquél se disponía á pronunciar algunas palabras, en agradecimiento al homenaje que el pueblo de Farsala rendía al cadáver de su hermano, acercósele D. Baltasar del Tigris, tras el cual sonreía el gobernador satisfecho, y puso en sus manos el telegrama recibido del Gobierno. Leyólo el hermano del muerto, y una sombra de amargura cruzó por sus ojos.

—¡ Y para esto hemos sacado de Gradass al muerto, recusando su voluntad de ser enterrado al pie de un árbol de su huerta!—exclamó el Corazón vivo, con honda pesadumbre.

El caballero del Tigris, sin decir palabra, sonreía mefistofélico.

Mientras tanto la muchedumbre se impacientaba, y comenzó á removerse con indicios de sorda hostilidad. Los empleados del municipio subieron al furgón fúnebre, con objeto de disponer la

traslación del féretro, mientras el alcalde tomaba posesión del muerto en nombre de Farsala.

Al ver á los obreros municipales salieron de la multitud voces airadas:

—¡Que lo lleve el pueblo! ¡Que lo lleve el pueblo!—gritaban los alborotadores.

Los humildes obreros del Ayuntamiento se miraban unos á otros, pensando en si los habrían tomado por aristócratas disfrazados. Entonces el hermano de Corazón, ya un poco respuesto de su desagrado y sorpresa, dió las gracias al pueblo de Farsala, suplicando al mismo tiempo un poco de silencio.

Organizóse la comitiva con el consiguiente barullo y la natural confusión. La explanada exterior de la estación, lo mismo que los andenes laterales de la carretera que hasta las puertas de la ciudad conducen, encontrábanse completamente llenos de público, cuando el ataúd, llevado á hombros de los que se disputaran casi á puñetazos honor tal, apareció en los umbrales del edificio ferroviario. Un respetuoso silencio uniformó todos los espíritus, y acompañó al muerto hasta el mismo Consistorio de Farsala.

El paso de la triste comitiva por el puente sobre el Iberus fué un momento solemne. La mu-

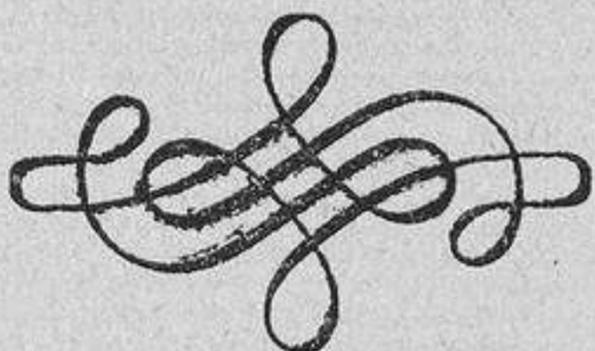
chedumbre se encauzó entre las barandillas sin dejar un hueco, sin proferir una palabra, sin alzar el más leve rumor. Sobre el mar de cabezas flotaba la negra caja cual si fuese arrastrada por la corriente humana, haciendo más patético el cuadro las luminarias humeantes de las teas, cuyos reflejos se estremecían inquietos sobre las aguas huidizas del famoso río.

El salón rojo del Ayuntamiento quedó convertido en capilla ardiente, velando el cadáver, que emergía entre una verdadera montaña de coronas de flores, cuatro individuos de la guardia municipal montada. Las autoridades, después de los correspondientes disparos de magnesio para retratarse junto al difunto, retiráronse á descansar. Todo quedó tranquilo.

Entonces fué cuando acaeció un suceso que toca en los linderos de lo sacrílego, muy comentado al día siguiente en todo Farsala. Parece ser que el cadáver traía desde Gradass y entre sus manos un sencillo rosario, recuerdo piadoso de un corazón que debió amarle con más ternura que ninguno de aquellos que tanta parte hubieron en azacunar su cadáver. Además, como es de rigor, los instaladores de la capilla ardiente habían colocado presidiendo la cabecera del túmulo un

crucifijo de plata, propiedad de la corporación.

Pues bien, cuando las luces del nuevo día penetraron por los balcones y comenzó á desfilarse el público, que durante las veinticuatro horas no cesó en su visita al cadáver, pudo verse cómo rosario y crucifijo habían desaparecido.



V

LAS COMEDIETAS DE LA MUERTE

LAS cuatro de la tarde era la hora señalada para el entierro, pero hubo de retrasarse media más, para dar tiempo á que llegase el representante del Gobierno que venía á presidir el duelo. El alcalde había dictado un bando para evitar posibles aglomeraciones del público, y D. Baltasar del Tigris, sin duda por tener el otro las manos ocupadas, había extendido las invitaciones para la triste ceremonia.

Todo Farsala había desfilado por la capilla ardiente para ver á Juan Corazón difunto, y estaba dispuesto para concurrir á su entierro. ¡Es posible que de ser para oírle vivo muchos se hubieran quedado en casa! Por todas las líneas telegráficas y telefónicas de Hesperia, los despachos de pésame se atropellaban camino de Farsala; de todas partes llegaban lágrimas impresas,

anuncios de coronas muchas de las cuales no llegarían al entierro. Con las llegadas podía engalanarse todo un gran camposanto para una festividad de ánimas. ¡Ah, si en seguirle vivo hubieran estado todos tan acordes como en aclamarle muerto! ¡Otra cosa fuera, de Hesperia desventurada é irredenta!

La casa de D. Baltasar del Tigris presentaba aspectos de centro electoral. Todo era entrar y salir personas, chicos con telegramas, coches que llegaban al trote y salían al galope, gentes mil que acudían como si hubiesen de recibir órdenes apremiantes.

En las calles de Farsaia, á pesar de que el cielo amenazaba lluvia, observábase inusitado movimiento, viéndose muchísimas caras forasteras, comisiones que de todos los pueblos de Alacón habían llegado para asistir al entierro.

Cuando á las cuatro y media llegó el ministro al caserón municipal, la comitiva ya estaba organizada, en disposición de ponerse en marcha. Se había bajado al patio el féretro, y hubo de destaparse para que el recién llegado pudiera ver por la mirilla el rostro de Juan Corazón.

En las vías por donde había de seguir el cortejo era materialmente imposible dar un paso. La

guardia municipal abría calle, siguiendo detrás las agrupaciones, sociedades y comisiones en el orden que se había dispuesto anteriormente, y número aproximado de cuarenta mil personas. Presidían el duelo el ministro, Mamés Corazón, el capitán general, el gobernador civil, los alcaldes de Farsala y Gradás, el rector de la Universidad, los presidentes de las Diputaciones de las tres provincias alaconesas, los presidentes de las Asociaciones de la Prensa de la capital de Hesperia y de Farsala, el vicepresidente de la Cámara baja del Poder central, un concejal rojo llegado de la capital hesperiana, D. Baltasar del Tigris, y los senadores y diputados por la provincia de Farsala. Era tan numerosa la presidencia, que fué menester colocarse en varias filas, suscitándose con tal motivo algunos pequeños incidentes.

Delante del cadáver, que era conducido á hombros de los obreros del municipio—realmente era mucho el peso y excesivamente larga la carrera, para que lo hubiesen llevado algunos de los personajes que en el cortejo figuraban—iban dos soberbios túmulos abrumados de coronas, formados sobre camiones facilitados por el regimiento de Ingenieros, de guarnición en Farsala,

soldados de cuyo cuerpo guiaban las caballerías de los tiros.

Los balcones del tránsito, atestados de mujeres y niños, entapizábanse con colgaduras negras.

Examinando imparcialmente la larga comitiva, observábase lo que un periodista sincero hubo de escribir al día siguiente, en el primer periódico de Hesperia. Que "lo más horrible de la Muerte no es que cierre las puertas de la vida, sino que abra las de la impunidad. Solamente al amparo de la impunidad pudieron acercarse al muerto aquellos que, á estar vivo, le hubieran huído avergonzados..." Siguiendo al muerto iba el coro de las más innobles plañideras, de los que hicieron chacota vil de sus predicaciones, de los que le vendieron y traicionaron en empresas de lealtad y nobleza, de los que le atacaron á mansalva escudándose en la sombra, de los que tacháronle de loco ó de iluso cuando se lanzó á la aventura de redimir á Hesperia.

Sólo uno, catedrático de la Universidad farsalana que en tiempos publicara un libro denigratorio para el Maestro, supo abstenerse de tomar parte en aquellas comedietas de su muerte. Aquel hombre, presenciando el cortejo entre la muchedumbre y sin abandonar su risilla irónica de

conejo, era más digno y más noble que todos aquellos que le seguían muerto después de haberle lapidado vivo. Por lo menos, guardaba respetos á la muerte.

Mas no era todo fingidas pesadumbres en el cortejo. Veíanse en él multitud de personas profundamente apenadas, y entre ellas destacaban los hijos de Gradás, los cachorros del león, que habían querido acompañarle hasta el último momento, y entre todos ellos Mario Escós, que destacando sobre todos por su estatura triunfaba de todos por su dolor.

Al llegar el cortejo á la plaza de D. Baltasar del Tigris, hízose á un lado el duelo y desfilaron ante él todas las representaciones. Colocóse después el féretro en una carroza fúnebre, tirada por ocho caballos, y la comitiva, ya en coches, siguió hasta el camposanto de las Vides.

Cuando llegó al cementerio la cabeza de aquella larga hilera de coches era noche cerrada. Gracias á la roja lumbre de las teas, que ardían y chisporroteaban en manos de los bomberos, pudo avanzarse entre la negrura que envolvía la siniestra mansión de la muerte, y llevar el negro ataúd hasta el borde de la sepultura provisional recién terminada.

La entrada del cortejo en el cementerio colmó la medida intelectual de los corresponsales periodísticos, que de fantástica hubieron de calificarla en sus informaciones. Realmente tuvo algo de ello, aunque fuese una fantasía tan hondamente apesadumbradora, que más que ilusión ponía lágrimas en los ojos, angustia sincera en los corazones honrados.

Habíase colocado una sección de la guardia civil en la puerta de la necrópolis, para evitar aglomeraciones é impedir el acceso al público. Pero, todo fué inútil. La mayoría de los que figuraron en el cortejo habían llegado hasta el final, á pesar de estar la carretera embarrada por las últimas lluvias, y después de la penosa caminata no era fácil detenerles en la puerta.

Invadió el pueblo el inmenso camposanto de las Vides, y desparramándose por entre las calles de nichos y sepulturas, corrió en tropel á rodear la que estuviera preparada para el Héroe. Algunas humildes tumbas de las extendidas á ras de tierra fueron pisoteadas, y no faltó quien, entre la obscuridad de la negra noche, estuvo á punto de enterrarse por accidente en alguna de las sepulturas abiertas que esperaban sus eternos moradores.

Había llegado el momento postrero, aquél en que el ataúd bajase á la hondura de la tierra que lo acogería en su seno, y una losa de piedra le cerraría el camino de los vivos. Todo estaba preparado. La caja al borde de la hoya, los sepultureros con las cuerdas para descenderla al fondo, el duelo con el máximo de compunción en sus caras, y las teas, llorando resina y vomitando humo, esclareciendo con sus últimas luces los mármoles y granitos conmemorativos de la muerte.

La tapa del ataúd se había levantado. Sobre las negruras del traje destacaba la viril cabeza del apóstol, entre cuyos labios la muerte había dejado una mueca irónica. Juan Corazón, desde el otro mundo, parecía burlarse trágicamente de toda aquella comparsería que le rodeaba, muchos de los cuales huyeran espantados si le vieran levantarse á pedirles cuenta de su presencia en aquel sitio.

Los fotógrafos quisieron aprovechar el momento impresionando algunas placas para sus periódicos. El hermano de Corazón y el ministro, rodeados por el resto del duelo, esperaron á pie firme los disparos del magnesio. Por todas partes se veían cuellos que se estiraban, cabezas que se

erguían, gentes que se empinaban sobre las puntas de los pies, rostros que sonreían para salir bien en las fotografías, etc., etc. ¡Todo el miserable detritus de la pobre vanidad humana!

Como el hermano de Corazón se lamentase de la impertinente crueldad de los fotógrafos, el ministro, con frase airada hizoles dar por terminadas sus tareas informativas, á tiempo que Mamés Corazón, no pudiendo resistir más la pesadumbre de tantas emociones, prorrumpió en amargo llanto, siendo conducido por el ministro hasta el coche en que regresó á su alojamiento.

El público, impresionadísimo y guardando religioso silencio, acompañóles hasta la puerta de la necrópolis y se retiró calladamente, dando por terminada la ceremonia.



VI

EL MUERTO AL HOYO Y EL VIVO... A LA MESA

EL amplio comedor presentaba un hermoso golpe de vista, del cual apenas si podían disfrutar los comensales, entretenidos en saborear la esplendidez de una comida con todos los refinamientos que pudiera pedir el más exigente, pues aunque D. Baltasar del Tigris era viudo y vivía solo, demostraba estar bien acostumbrado á dar banquetes en su opulenta morada.

Como que en Farsala era cosa sabida. No pasaba por ella personaje grande ó chico, que no estuviera á comer en casa de D. Baltasar. Así contaba él de simpatías por todas partes, ya que no había ciudad de Hesperia en donde no hubiera sembrado un estómago agradecido. Y no era sólo para los forasteros. La casa estaba abierta á todo el mundo que necesitaba de su ayuda, y no se ha

conocido hombre que encontrase las brevas más á mano, cuando de obsequiar á un amigo se trataba. Las tenía por gruesas de cajas.

Aquella noche estaba desbordante de obsequiosidad. Había reunido en torno á su mesa todas las personalidades que figuraran en el entierro de Corazón, y en particular á aquellos que aun hallándose más distanciados de las ideas del muerto, estaban más compenetrados con los poderes gobernantes del país.

El ministro,—que había ofrecido volver á Farsala para dar una conferencia sobre la personalidad de Juan Corazón,—ocupaba la presidencia de la mesa. A su lado D. Baltasar le hablaba en voz baja, sin duda de algo muy interesante, pues el ministro le escuchaba atento y de tiempo en tiempo sonreía complacido. El resto de los comensales cuchicheaban entre sí, lanzando á menudo curiosas miradas hacia la cabecera. Flotaba en el ambiente un aire de conjura.

A medida que la cena avanzaba el pobre muerto quedaba más lejos de aquellos caníbales que se tragaban su recuerdo entre jugosos filetes y sendas copas de Champaña. Cuando el banquete tocó á su fin, el anfitrión, echando el brazo amigablemente sobre los hombros del ministro, guióle á una ve-

cina estancia, que á los pocos momentos tomaba aspectos de salón de conferencias.

Era preciso aprovechar la ocasión, que no todos los días se recibe la visita de un ministro de la corona. Su presencia en casa de D. Baltasar del Tigris podía ser beneficiosa para los intereses de Alacón y de Farsala. Se imponía cobrarle el cubierto. Había que salvar de la ruina á toda una comarca, disponiendo inmediatamente la construcción de un puente; había que combatir la miseria de una porción de pueblos, que esperaban inútilmente las anunciadas indemnizaciones del Gobierno; Farsala mismo, tenía pendientes de resolución tres ó cuatro asuntos, de los cuales dependía su vida económica; y en último término, allí mismo había correligionarios meritísimos que contaban por décadas los años de consecuencia política, y á los cuales nadie había premiado con una cruz ó un pequeño cargo honorífico.

El ministro estaba pagando hartos cara la comida, viéndose zarandeado como ratón en boca de gato. A toda indicación atendía gustoso, de todo asunto prometía enterarse, para todo expediente aseguraba favorable resolución. Lo que realmente deseaba es que llegase la hora de volverse á la capital de Hesperia, que ya debía estar próxima.

Así se lo indicó á D. Baltasar, el cual mandó preguntar si esperaban los coches. Le contestaron que sí. Entonces todos salieron á recoger sus gabanes, descendiendo en busca de los carruajes que habían de conducirles á la estación.

Ya en ella, y á punto de arrancar el tren, el ministro dijo á D. Baltasar:

—Hasta dentro de unos días, que vendré á dar la conferencia.

—¿Qué conferencia?—preguntaron todos extrañados.

—La de Juan Corazón.

—¡Ah, sí, es cierto!

Ya nadie se acordaba del que hacía unas horas habían enterrado.



VII

LA CERRAZÓN DEL OLVIDO

CON Juan Corazón, con aquel hombre cuya cédula tenía las mismas iniciales de Cristo, hubo de repetirse la historia del Redentor. Después de morir crucificado por el abandono de su patria, su memoria vióse despedazada por los canes hambrientos de la oratoria populachera, y su recuerdo quemado en la pira del olvido, para ser aventadas más tarde sus cenizas á los cuatro vientos de la estulticia humana.

Tan sólo los suyos, los que siempre fueron discípulos de su doctrina y amigos entrañables de su alma, hicieron de su corazón arca cerrada para conservar su memoria, y alzaron en su espíritu un altar para eternamente venerarle.

En la semana tras el entierro, su nombre citóse unido á proyectos de toda especie dentro de lo conmemorativo. Hubo sinnúmero de veladas en

los casinos rojos de Hesperia, copiosos extraordinarios que no bastaron á satisfacer la desatada grafomanía roja, en fin, hasta postales fúnebres con el retrato y autógrafo del muerto. Y desde los primeros momentos nombróse una junta magna, encargada de promover la suscripción nacional para monumentalizar debidamente la figura del gran hombre que acababa de abandonar el mundo de los vivos.

Con tal motivo un nuevo artículo del maestro Calanda reclamó la atención general de Hesperia.

Al idear sitio adecuado para guardar definitivamente las cenizas de Corazón, considerando la grandeza de aquella cumbre del espíritu que acababa de convertirse en polvo, y más como símbolo de aquello que la conmemoración debiera ser que como realidad factible de un propósito, buscó en Alacón, en aquella tierra de nobleza y rebeldía, una cumbre geográfica que dominase y rigiese el paisaje de la tierra alaconesa. Por eso, encontrando en el monte Cayo las condiciones apetecidas para lo que deseaba, señaló su cúspide como punto adecuado para instalarlo, tallando sobre aquélla un busto gigantesco, una esfinge ciclopea que desde todo Alacón se divisaba.

El símbolo genial ideado por el escritor eminente, fué convertido en rábano por un modesto desbata-bloques de Farsala, el cual, tomando el asunto por las hojas, dibujó en menos que canta un gallo el mausoleo ideal que Calanda soñase, dándolo á conocer al público en cierto periódico de Farsala, siempre dispuesto á patrocinar las más disparatadas obras con tal de que fuesen de sus amigos y relacionados.

Semejante dibujo fué la comidilla de la ciudad durante ocho días, celebrándose con grandes risotadas el tosco ingenio del pigmeo metido á interpretar el sueño de un gigante.

La suscripción nacional, iniciada con el dinero que envió desde América cierto diputado trasatlántico, marchaba á paso de caracol. Cada diez ó doce días llegaba al municipio de Farsala el anuncio de una remesa, y muchas de éstas, llegadas desde distintos pueblos alaconeses, hubieron de venir bajo un sobre y en reducida cuadrícula de sellos de correos. ¡ Tan exiguas eran las cantidades!

Solamente la colonia alaconesa en Buenos Aires respondió noble y gallardamente á la convocatoria de la suscripción, enviando un buen montón de pesos fuertes; por cierto que si no se de-

jaron la vergüenza en la travesía, debieron perderla al entrar en la caja municipal y rozarse con la morralla de la calderilla recaudada.

Idea más grande y fracaso más tremendo jamás se vieron juntos. La memoria de Corazón apagóse en el silencio del más cruel y desolador de los olvidos, con la rapidez de un hierro candente hundido en una tina llena de agua.

Habiendo sido la patria, el pueblo, el eterno motivo de estudio para Corazón, patria y pueblo llevaban trazas de agradecerle aquél su vivir entregado en absoluto á ellos, olvidándole en su sepulcro provisional del camposanto de las Vides, y dejando intonsos sus libros, apenas hojeados á salto de página durante los ocho días que la muerte prestó actualidad á su nombre.

Al cabo de cuatro meses todo el proyecto de homenaje nacional quedó reducido á la más ínfima expresión. La suscripción abierta no tuvo ningún éxito, y descontadas las pesetas enviadas de América, no se recaudó ni aun para la losa con que provisionalmente se cubrió la sepultura.

Cierta mañana, cogiendo de sorpresa á todo el mundo, despertáronse los farsalanos con la lectura de una carta de Mamés Corazón, inserta en el primer periódico de la ciudad famosa. Quejábase

en aquélla de lo sucedido, y terminaba diciendo que caso de no llevarse á efecto en plazo breve el homenaje acordado, solicitaría permiso para trasladar á la capital de Hesperia los restos de su hermano. Semejante conminación pertenecía al segundo acto de aquella tragedia de contrariedades, que hubo de apuntarse al recibir la orden que detuvo en Farsala el entierro de Corazón.

Y siguió la farsa... El periódico desenterró el nombre de Corazón, reunióse aprisa y corriendo parte de la junta nombrada á raíz del entierro, y en ocho días y sin que se supiera de dónde habían brotado, encontróse el público con una serie de proyectos de mausoleo, cuya florescencia era tanto más de admirar cuanto que todos los artistas habían ido nada menos que á Grecia á beber sus inspiraciones. Entre estos proyectos, cómo no, estaba el de aquél desbasta-bloques que tan en ridículo hubo de poner la genial idea del maestro Calanda.

Farsala era, y lo sigue siendo, un pueblo incapaz de pensar por cuenta propia. Secas en él las fuentes de la voluntad ciudadana, todos los actos de la colectividad veíanse amañados entre cuatro ó cinco caballeros desaprensivos, que ofrecían al pueblo el alimento de su cerebro, ya mascado

y adobado según las fórmulas de su particular interés. Uno de los artistas que presentaran proyectos de mausoleo era colateral de la pandilla caciquil, y claro está que hubo de resultar vencedor, inaugurándose al cabo de unos meses la obra ya terminada, con escasa solemnidad, por más de que algunos periódicos de Farsala hinchasen el perro á todo su sabor.

Parece mentira cómo se tranquilizó la tormenta provocada por la muerte de Corazón, aquél gemir desolado de las viles plañideras mercenarias, aquél concurso de espíritus apesadumbrados que parecieron congregarse en torno del cadáver para llorar un tardío arrepentimiento de criminales indiferencias, augurando un cambio de sistema, un despertar de las dormidas inercias fustigadas por el difunto, y como consecuencia de todo ello, una labor seria y tenaz hacia la imprescindible é inaplazable regeneración de Hesperia.

Nada de eso hubo. Todo siguió igual, y aunque algunos se empeñasen en que las doctrinas del Maestro eran corriente subterránea pronta á mostrarse en la superficie para producir la ansiada reconstitución de Hesperia, el agua, caso de que en el suelo hesperiano trasminase, debía ir tan honda, que fueran menester varias décadas antes

de que rompiese la costra de indolencia que cubría los campos de la patria.

Los propios caudillos rojos, indicados para alzarse como herederos del muerto, perdían lastimosamente el tiempo discutiendo personalismos, y no estaban nunca acordes sobre extremo alguno de los que debieran ser su norma de conducta. Como si ninguno de ellos tuviera deseos de ver instaurado el régimen político que perseguían, daban prioridad á los asuntos que mejor podían establecer entre ellos profundas divergencias, haciendo todo lo posible para que la clase neutra del país se replegase asustada, temiendo que el día de su venida al poder coincidiese con un cataclismo nacional ó cosa por el estilo.

Tales eran los gritos que salían de las asambleas de los rojos, que el país había llegado á tenerlos por locos, siendo una prueba fehaciente de su locura la facilidad con que habían sepultado en el olvido la memoria del más excelso de sus caudillos, de Juan Corazón.



VIII

LOS OBREROS GRITAN Y LOS ROJOS
SE DESPIERTAN

HESPERIA había pasado por las inclemencias de un tórrido verano interminable, en el que los hesperianos desgarráronse de sus hogares profusamente, agravando con un proceder dispendioso la honda crisis económica que en todo el país se dejaba sentir.

Don Jesús Canillejas, que por entonces regía los destinos de la política, encontróse al empezar el invierno con un duro rabo por desollar. Los obreros, que en vano esperaran de él reformas beneficiosas á su precaria situación, comenzaron á mostrarse con esa inquietud sorda que precede á los conflictos sociales. Primero Ferrópolis, más tarde las cuencas mineras norteñas, después las ciudades industriales del mediodía, y por último el gran centro fabril de Barcino, el país entero mostróse convulsionado, viéndose la vida nacional seriamente comprometida.

Farsala, por razón de solidaridad obrera, encontróse sorprendida una mañana con que la actividad de su vivir laborioso se había parado en seco.

Además, hacían más difícil la situación política las escaramuzas que el ejército colonizador sostenía con las eternas tribus rebeldes de los mauritanos, en los momentos en que todo el mundo protestaba contra la guerra, y acabó de empeorarla el que lo empezado con carácter obrero tomó pronto aspecto revolucionario. Los huelguistas cometieron todo género de desmanes y atropellos, siendo reducidos por las descargas de la fuerza pública, que causaron muertos y heridos en gran cantidad. Durante una semana la situación de Hesperia fué comprometida, pasando Canillejas por trances de grave responsabilidad política.

Mucho había tronado en la oposición contra el suspender las garantías constitucionales, pero no tuvo más remedio que adoptar tal medida en todo Hesperia, con lo que aparentemente logró aplacar la fiebre revolucionaria, y que el sol de la tranquilidad, aun cuando fuera desde un cielo anubarrado, tendiese sus rayos de oro sobre la tierra gris de la patria.

Sin embargo, la tormenta seguía incubándose en las entrañas del misterio.

¿Qué habían hecho los rojos en aquella comprometida situación de Hesperia? Darse cuenta de que dormían y era preciso despertar, juzgar posible un movimiento que abarcase todo el país, reunirse en asamblea de notables y, á pesar de las profundas incompatibilidades que entre unos y otros existían, tomar acuerdos que permanecieron secretos, pero que debían estar preñados de grandes acontecimientos en fecha no lejana.

Lo cierto es que tras la reunión los caudillos rojos hubieron de dispersarse, saliendo para sus respectivos distritos con gesto y empaque de sembradores.



IX

**CONSPIRADORES DE GORRA.—DEL CAÑO AL
CORO.—LA CAMPANA DE HOSCABE**

EN la cruda noche invernal, el expreso cruzaba la tierra alaconesa como alma que lleva el diablo.

Era una de esas crueles noches decembrinas, en que no se explica que alguien viaje sin una necesidad inaplazable, negocio urgente ó repentina desgracia. La calefacción del tren no lograba vencer totalmente el frío de la noche, á pesar de ir todo herméticamente cerrado. A través de los cristales empañados, las alturas cumbreñas ostentaban bajo la claridad lunar los albos ropones de la nieve. Y el paisaje se extendía por ambos lados del camino de hierro, interminable y hosco en toda su glacial desolación.

En uno de los departamentos, y á la difusa luz que penetraba desde el largo corredor iluminado, dos viajeros, envueltos en sendas mantas de lana, dormitaban. Despertóse el uno, acaso de los ronquidos de su compañero, y antes de llamar nue-

vamente al sueño, quiso mirar el tiempo que todavía le restaba para disfrutar de aquél.

—¡Caramba, si debemos estar llegando!—exclamó sorprendido, al ver la hora que su cronómetro marcaba. Y sacando las piernas de entre los pliegues de la manta, se puso en pie y acercóse para avisar á su compañero.

—¡Eh, quién es!—articuló aquél, removiéndose bajo su amplio cobertor.

—Soy yo, Alfaro, soy yo.

—¿Qué sucede, Laplana?—preguntó el avisado, sentándose en su asiento sin acabar de desprenderse de la manta.

—Que nos hemos dormido, y estamos llegando á Farsala—contestó el que primero se despertara.

—¡Tan pronto...! ¿Está usted seguro?

—Segurísimo. Es la una menos minutos.

—Entonces, sí, hay que prepararse. ¡Qué lástima dejar el sueño!

—¿Cree usted que habrá alguien esperándonos?

—No es fácil. Venimos sin avisar y la hora no puede ser más intempestiva. ¡Con la noche que hace!

—Hombre, me alegraría que no hubiese nadie.

Así podríamos continuar el sueño en el cuarto del hotel. Porque, ¡ mire usted que á estas horas tener que aguantar el mosconeo de nuestros correligionarios!

—La verdad, no sería muy agradable.

De los dos viajeros el de más edad adornaba su rostro con unas grandes barbas blancas, algo apatilladas, y representaba unos cincuenta y dos años. El más joven, aquel que fué llamado Alfarro, llevaba únicamente bigote, y no tendría más allá de treinta y dos años.

—¿ Y qué esperanzas tiene usted de la comisión que nos han encargado? —preguntó Laplana.

—Las suficientes para estar satisfecho. Desengañese usted, el país está sobradamente dispuesto. Lleva muchos años de padecer odiosas tiranías y aguantar vejaciones vergonzosas. La miseria le acosa por todas partes, y está plenamente convencido de que, mientras dure este régimen de irritante privilegio, no le será posible mejorar su aflictiva situación.

—¿ Y usted cree que lograremos convencer á los caudillos de Farsala? —siguió preguntando el de más edad.

—Nada puedo decirle, pues apenas los conozco. Ya sabe usted que es la primera vez que ostento

la representación parlamentaria de tan ilustre pueblo. ¡Si D. Baltasar del Tigris quisiera! Parece ser que ese hombre lo puede todo en Farsala.

—Es el cacique máximo, es cierto, y siempre ha dicho que era rojo. Pero ahora, cuando sea necesario serlo á todo evento, qué quiere usted que le diga, no las tengo todas conmigo.

—Pero, ¡acaso no hay más caudillos que don Baltasar! ¿Y Abadal?

—¡Phs!

—¿Y González?

—¡Phs!

—¿Y el joven Manzano?

—¡Phs!

—¿Y nuestro jefe local, Jorge Antón?

—Hombre, ese, mucho ha gritado estos últimos tiempos, pero me temo que se sienta ronco cuando llegue el momento.

—En fin, allá veremos cómo acogen nuestra embajada. Nosotros, de todas maneras, habremos cumplido con nuestro deber.

Y, como el tren acababa de detenerse; alzando los cuellos de sus gabanes dispusiéronse á tomar tierra, después de hacer recogida de maletas y mantas.

El andén estaba desierto, cuando aquellos mo-

ernos conspiradores que viajaban por cuenta del Estado cruzáronlo en busca de la salida. Al pasar ante el empleado que recogía los billetes, el de más edad dijo: "¡somos diputados!", marchando veloces á ocupar asiento en un ómnibus, que á poco se hundía en la espesa niebla al galope de sus ateridos caballos.

Desde el siguiente día los comisionados del Comité Central comenzaron sus visitas á los caudillos rojos de Farsala, arrostrando las penalidades de una larga cadena de vaguedades promisorias y evasivas hábilmente disimuladas.

Dos meses antes la fracción más avanzada de los rojos había ganado las elecciones municipales en todos los distritos de Farsala, y aquella victoria indujera á los comisionados para suponer el terreno mejor abonado. Si había de creerse á cuantos hasta entonces tuvieran en sus manos las riendas del partido, el momento no era llegado, había que esperar.

¡Esperar más aún! No pocos existían en el partido que envejecieran esperando, esperando, quién sabe hasta cuándo, lo que no llevaba trazas de llegar si había de contarse con ellos para traerlo.

Laplana y Alfaro se hubieran declarado vencidos y dada por terminada su comisión, si los del Comité Central no les escribiesen casi diariamente, comunicándoles las optimistas impresiones que de todas partes se recibían.

Hesperia entera, según las comunicaciones del grupo central de la conspiración, deseaba el movimiento; y en todas partes esperábase que Farsal, respondiendo al título de "cuna de la libertad" con que tantas veces la engalanaran los tribunos del pueblo, irguiera su pecho viril de matrona y exclamase: ¡Adelante!

Sin embargo, el optimismo era ficción engañosa con la que todos querían darse ánimos para la acometida empresa. El pueblo dormía poco dispuesto á despertarse, sobre todo para cambiar de régimen político. Lo único que le interesaba á ratos era su situación económica, cada día más desesperada, y como durante tantos años se le dejó abandonado, ya había perdido su fe en toda clase de caudillos, y se le daba una higa que mandase Juan ó gobernase Pedro. Odiaba la política por la política misma, y de haber algo capaz de removerles no sería el ansia redentora que brota de las conciencias, sino la extrema necesidad que hunde sus raíces en los estómagos.

Los comisionados no tuvieron más remedio que descartar á los caudillos poco dispuestos, y comunicar el plan á Jorge Antón, el jefe local de los avanzados, único que atendió sus palabras, aunque interrumpiéndolas en distintas ocasiones por su natural verborrea incontenible.

Jorge Antón recibió el encargo de disponerlo todo, sin contar para nada con los restantes personajes de Farsala. Realmente era el más indicado, por ser en aquellos instantes el más puesto en candelero entre las masas, y haber dado gran impulso á la fracción de los avanzados, haciendo sonar su bolsa más que gastando los escudos de los que estuviera bien repleta.

Una vez concertado el compromiso con el jefe de los avanzados, quedó dispuesto que Farsala fuese el punto inicial del movimiento. Respecto de aquella ciudad manteníase en Hesperia una dignificadora leyenda, según la cual era en Farsala donde mejor podía auscultarse el corazón de la patria. Los rojos pensaron aprovechar esta circunstancia, seguros de la fuerza convincente que habría de tener sobre el resto de Hesperia, saber que Farsala había levantado en alto la bandera rebelde del partido.

La noticia del movimiento farsalano habría de

conmover hasta lo más hondo los cimientos de la patria. Por esto, cuantos estaban en el secreto, consideraban seguro el triunfo, siempre que fuese Farsala la que se adelantase á lanzar el primer grito de rebeldía.

El plan de Jorge Antón estaba lo bastante bien pensado para asegurar, sin grandes probabilidades de equivocarse, que no era suyo. ¿Lo trajo hecho de Hoscabe? Nada pudo saberse, aunque fué pasados unos días, tras corto viaje á la ciudad vecina de Farsala, cuando lo diera á conocer á los tres ó cuatro lugartenientes de que solía asesorarse.

Jorge Antón visitó en Hoscabe á Mario Escós, el discípulo predilecto de Juan Corazón, confiándole el secreto de lo que se tramaba y solicitando su cooperación. Escós recibióle en un principio secamente, doliéndose del miserable comportamiento tenido con la memoria de Juan Corazón, su ilustre maestro.

De su boca brotó un torrente de imprecaciones para el inmenso ejército de farsantes, que tras robar al muerto la tranquilidad de un humilde

y venerado sepulcro en el Gradado de sus amores, abandonáronle en la soledad vergonzosa del camposanto de las Vides. Sobre todos aquellos inicuos comediantes de un fingido dolor, acudidos al entierro del Héroe para mendigar el ruin honor de una cita periodística, la justa cólera del discípulo estalló en crudezas, con la misma fuerza que hubiera empleado el Maestro para anatematizarles con su desprecio eterno.

—¿Sabe usted—preguntó Escós—de qué modo convocaría yo á ese movimiento que se me propone? Formando primero una campana, como la legendaria de Hoscabe, con las cabezas de todos los farsantes que nos arrebataron su cadáver. Con esa campana llamaría yo á la nueva cruzada.

—No es mala idea—exclamó Antón, riendo estrepitosamente, sin atisbar que Escós ponía demasiada atención en la cabeza del jefe de los avanzados.

Habíase enterado Escós, á su vuelta de uno de sus frecuentes viajes por el extranjero, de cómo se había terminado la fúnebre comedia de Corazón cubriendo sus cenizas con un grotesco túmulo de *inri*. Hízole conocer á Jorge Antón su justo dolor por aquella póstuma desconsideración nacional que se tuviera con el muerto, y su ira

contra los taimados currinches de la comedieta provinciana, que habían colocado tan inicuo colofón á la historia de una tan gloriosa vida, tan de la patria siempre y por la patria rendida en ofrenda de sus grandes dolores.

Jorge Antón se extrañó mucho de que Escós hablase de aquel modo.

—¿Usted ha visto el mausoleo?—hubo de preguntarle.

—No, señor.

—Pues, mire usted, á mí me parece muy hermoso.

Como Escós no tuviese gran confianza en los gustos artísticos del jefe de los avanzados, prometiéndose hacer un viaje para examinarlo por sí mismo.

Mientras, hubo de aplazar su respuesta para dentro de unos días, con lo cual la conferencia dióse por terminada, y el de Hoscabe acompañó á Jorge Antón hasta el tren que le devolvió á Farsala.



X

EXCURSION MACABRA

MAL día había elegido Mario Escós para emprender su viaje.

El frío seco era intensísimo, y la tierra se engurruñaba bajo los cristales de la helada. El descampado que el tren cruzaba parecía un inmenso desierto, tan abandonado como las viviendas de adobes sobre el erial perdidas y los caminos borrados de la extensa llanura.

Hombre fuerte Escós, avezado á resistir bajas temperaturas, importábasele un ardite de las inclemencias temporales, por otra parte lo suficientemente lógicas en aquellos postreros días del mes de Diciembre. Hacía varios que tuviera preparado el viaje, sin encontrar ocasión oportuna para realizarlo, un paréntesis libre en sus muchos quehaceres. Su presencia en Hoscabe era por entonces tan necesaria, que no podía distraer ni el breve lapso de veinticuatro horas. Por eso, y para

no retrasar más su deseo, aprovechando la fiesta dominical imaginó salir en el tren de la tarde y volver en el de la mañana siguiente, con lo cual no faltaría de su obligación momento alguno aprovechable. Pensado y decidido, embutióse en un fuerte abrigo y cruzó á la estación, frontera de su casa, cuando juzgó próxima la llegada del tren que á Farsala le conducía.

¿Cuál era el objeto de su viaje? Contemplar por sus propios ojos el mausoleo levantado á la memoria de Juan Corazón, y perdiendo un poco el ritmo acelerado de su laborioso vivir engranado á la marcha de una industria, juzgar serenamente la situación política de Hesperia, y una vez contrastado su pensamiento, fundir su juicio en la respuesta que á Jorge Antón había ofrecido.

Como en un sueño transcurrieron para él las horas del viaje, entretenido en la introspección de su espíritu. Cuando el tren se detuvo en los andenes de la estación de Farsala, ya de noche bien cerrada, salió de su ensimismamiento interior y hubo de descender del departamento, comenzando á marchar á grandes pasos, con ánimos, sin duda, de desentumecer las piernas sondormidas en la forzosa quietud del coche.

Atravesó la puerta y saliendo al exterior tomó una berlina.

—¿Dónde vamos, señorito?—preguntó el cochero.

—Al cementerio—contestó el viajero.

El auriga quedóse de una pieza, temblando su cuerpo bajo el abrigo de su levitón raído. El caso no era para menos. Un viajero recién llegado, que señalaba el cementerio como lugar de su hospedaje, era para infundir sospechas. ¿No sería cosa de subirse al pescante, y arrear el jamelgo camino del manicomio? Porque loco se necesitaba estar para pretender con semejante día y á tales horas, ser conducido al cementerio.

—¿Al cementerio?—insistió el hombre del pescante, como si no hubiese oído bien.

—Al cementerio precisamente, nó—contestó el caballero.—Al pabellón que habitan los empleados. Tendrás buena propina.

—¡Ah, vamos!—exclamó el cochero, más tranquilizado en sus juicios, sobre todo desde que oyera el anuncio de la propina. Y pensó para su capote:—Será un pariente del conserje.

La berlina cruzó el puente sobre el Iberus, internóse en la ciudad atravesándola de parte á parte, y siguió su camino por el paseo que al ce-

menterio conduce. Era una larga avenida, con hermosas y nuevas construcciones en ambos lados, y formando ancha calle de tránsito rodado dos hileras de viejos troncos, gimientes bajo la desnudez de sus ramas secas. Cuando dejando atrás el hermoso paseo cruzaron sobre un canal, cuyas torvas aguas denunciábanse entre la carretera de unos álamos blancos descarnados, el caballo pareció adivinar la cuesta que le esperaba, y quiso plantarse enmedio de la carretera con la rebelde intención de no arrancar aunque lo matasen. Sin embargo, dos buenos latigazos le volvieron al sendero perdido de sus obligaciones.

En algunas tiendas de vinos de las que por aquellos contornos abren sus puertas, divisábase luz á través de sus vidrieras empañadas, y algunas figuras borrosas de gentes que pegaban el rostro curioso á los cristales. En las casuchas de barro levantadas á la vera del empinado camino, dos ó tres ventanas abriéronse un instante, en asombro de que tan á deshora alguien siguiera ruta tan extraviada.

Torció el coche á la derecha, cuando ya se veía la puerta del cementerio á unos cincuenta pasos, cerrando el camino, y se detuvo delante de un pabellón de ladrillo, gemelo de otro que al lado

opuesto se divisaba. Mario Escós, descendió de la berlina, subió unos escalones y, á falta de llamador, golpeó la puerta del edificio con una piedra.

Poco tardaron en abrirle, que ya el ruido del coche había puesto en conmoción á los que en el pabellón habitaban. El conserje y demás empleados que allí moraban, solían entretener la velada con un modesto guiñote, esperando oír las diez para acostarse. El cura, que también tenía su habitación en el mismo edificio, para entonces ya debía llevar sus dos horas de sueño, por tener la costumbre, lo mismo invierno que verano, de acostarse con el bocado en la boca y á la hora de las gallinas.

Marió Escós penetró en la casa, después de decirle al cochero que esperase. Mucho debió tardar en convencer á los empleados, pues la espera se hizo un poco larga: ya el cochero empezaba á impacientarse, renegando de aquel intempestivo viajero que se le metiera en su coche, cuando la puerta se abrió, dejando paso á un hombre de edad mediana, envuelto en un gran tapabocas, que seguía tras el viajero con un farol encendido pendiente de su diestra.

Creyó el cochero que irían á subir al coche, pe-

ro mucho hubo de maravillarle ver cómo los aparecidos le volvían las espaldas, tomando la dirección del camposanto, cuya verja, bajo un alto arco de ladrillo, destacaba en un fondo de cielo espantosamente sombrío.

El joven hoscabense, mediante el anuncio de una buena propina y la seguridad de que no le guiaba ningún criminal propósito, había conseguido de los empleados que le franqueasen la entrada al cementerio por breves instantes, los necesarios para examinar una sepultura exteriormente.

Abierta la puerta y seguido por el conserje, que había recordado el rostro del viajero cuando supo que deseaba contemplar unos momentos el sepulcro de Juan Corazón, Mario Escós atravesó el cementerio siguiendo su calle central, bordeada de sepulturas y panteones de piedra, y dando algunos pasos hacia la izquierda, detúvose ante el mausoleo que le pusiera en viaje.

El burdo ingenio del artista había combinado un amasijo de vulgaridades y lugares comunes arquitectónicos, para componer el túmulo de su ilustre conterráneo. Con no contar el cementerio farsalano con grandes obras del arte funerario, el mausoleo de Juan Corazón era de lo más cha-

bacano, de lo más pobre que allí podía verse. Bueno para cubrir los restos de un aburguesado rapabarbas ó de un empingorotado tendero de comestibles que alcanzara en vida la concejalía, pero indigno para el alto destino que debía cumplir. Para mayor ignominia, en el busto que coronaba la obra no descubriase parecido alguno con el muerto, pues la barba augusta y patriarcal del Héroe bajo el cincel bastardo del artista se había apatillado en demasía, dando al rostro un fiero carácter de salteador de encrucijadas.

Escós no pudo resistir por más tiempo su amarga impresión, y poniendo en la mano del conserje unas monedas, volvió al coche con la tristeza entenebreciendo su alma y la ira haciendo rechinar sus dientes.

¡Pobre Juan Corazón! El pueblo te dejó olvidado en el camposanto de las Vides, para que cuatro farsantes hundiesen tus cenizas bajo la ignominia de unas piedras desbastadas sin arte ni grandeza.

Y el coche le volvió á la ciudad, dormida entre los húmedos cendales de la niebla. Penetró el hoscabense en un café y allí hubo de escribir su respuesta á Jorge Antón, mostrándose conforme con la idea del movimiento, pero apuntan-

do algunas ideas que habrían de llevarse á cabo como actos preliminares del mismo, y sin cuya realización el discípulo de Corazón no se consideraría obligado á intervenir.

La fecha del segundo aniversario estaba próxima. Era necesario que el día anterior al movimiento, y como prólogo del mismo, se celebrase una especie de romería roja á la tumba del olvidado Corazón, en demostración de un arrepentimiento colectivo. Además, este arrepentimiento debía ser de todos, no exclusivamente de los rojos, para lo cual Jorge Antón se las arreglaría de manera que en el homenaje al muerto figurasen todos aquellos que habían figurado en el entierro, por lo menos los personajes y personajesillos de Farsala.

Durmió Escós aquella noche en la ciudad que guardaba las cenizas de su maestro, y de temprano tomó el tren y regresó á Hoscabe.



XI

LA CRUZADA DE LOS GRADENSES

No hubieron de pasar muchos días para que el joven hoscabense recibiera noticias directas de Jorge Antón.

El jefe de los avanzados escribióle encantado. La tal romería parecíale de perlas, y aceptada en principio, ofrecíase tenerlo todo preparado para el día en que se cumpliera el segundo aniversario de la muerte de Corazón, que ya estaba cercano. En cuanto á que concurriesen los magnates, no había cuidado, asistirían. Farsala era una ciudad en donde el afán exhibicionista era epidémico. Precisamente las corporaciones estaban constituídas, en su mayoría, por señores muy dispuestos á lucir sus sombreros de copa, sobre todo en invierno, cuando bajo los abrigos todas las levitas son flamantes. Bastaría que un periódico tomase por su cuenta la romería, para que el rebaño de apersonados majaderos acudiese como

un solo hombre á la ceremonia. ¡ Y qué gusto daría, llevarles de comparsas para el prólogo de lo que se preparaba !

Lo que sería de gran efecto, para aumentar la teatralidad del programa y evitar de paso pudieran sospechar las autoridades la sarracina que se preparaba, que Mario acudiese á presidir el acto como heredero espiritual del muerto, trayendo en su compañía á los paisanos del Héroe, los fieros gradenses, "los cachorros del león", como metafóricamente los apellidaba en su carta el caudillo farsalano de los avanzados.

Escós batió palmas de júbilo. Las indicaciones de Antón no sólo venían á ensamblarse maravillosamente con los propósitos suyos, sino que abrían camino á un proyecto germinado en su mente la noche de su visita al mausoleo. Vengar á Corazón, castigando al hacerlo á los que tan rápidamente le habían olvidado.

Mario estuvo dos días en Gradass, celebrando misteriosas conferencias con gran número de personas de todas las clases sociales, especialmente menestrales y gentes del campo. Encontró á los gradenses decaídos, lamentando su falta de entereza para defender su legítimo derecho á custodiar las cenizas del muerto, y no encontrando en

el rudo vocabulario montañés palabras bastantes de condenación para todos aquellos farsantes de la política, que les habían robado el cadáver de su convecino ilustre, con el señuelo falaz de mejor honrarle y guardar con más cuidado la gloriosa memoria olvidada.

Sin embargo de aquel sentir general, el hosca-bense, con palabra persuasiva y paciencia extremada, logró irlos poco á poco trayendo al camino que para su plan deseaba.

Cierto que se había obrado mal con la memoria de Corazón, pero no hay mal que cien años dure, ni pecador que no escuche sonar en sus oídos la hora del arrepentimiento. Eso venía á comunicarles, que aquella hora sonaría muy pronto. El partido rojo y las distintas personalidades de Farsalla, aprovechando la circunstancia de cumplirse en fecha próxima el segundo aniversario de la muerte de Corazón, deseaban lanzar un gallardo apóstrofe á los faranduleros de la política cortesana, mostrándose en compunción sincera de dolor renovado al pie del mausoleo del Héroe. De tal modo había sentado la anunciada conmemoración á los polichinelas del retablo político que gobernaban los destinos de Hesperia, que ya se susurraba harían todo lo posible para deslucir el acto,

y aún quizá llegasen á pretextar cualquiera farsa para suspenderlo.

Los cachorros del león, los hijos de Gradadas, tenían reservado un puesto de honor en la comitiva. Era preciso, ineludible, asistir como un solo hombre, y era conveniente, necesario, acudir armados con fuertes garrotes, por si alguien pretendía violar el ejercicio de los derechos ciudadanos, el sagrado derecho de honrar al hombre más grande de Hesperia.

La importancia de la manifestación diría si Corazón continuaba ó no viviendo en el espíritu de los suyos, y el núcleo de gradenses que asistieran al acto, demostraría la firmeza é inquebrantabilidad del sentimiento de veneración que para el Héroe conservara su pueblo muy amado.

Escós volvió á Hoscabe satisfecho de sus gestiones en tierra gradense. Su plan marchaba sin tropiezo alguno, y los gradenses todos, "los cachorros del león", habíanle prometido concurrir en masa, sin que ni uno solo faltase. Era de esperar que el desenlace saldría tal y como lo había pensado, y que Juan Corazón habría de aprobarlo desde el otro mundo.



XII

**LA ROMERIA DE CORAZON Y SU DESENLACE,
QUE LO ES DE ESTA HISTORIA SOLO
A MEDIAS FALSA**

ERA llegado el día, el esperado día de la conmemoración corazonista.

La noche anterior habían entrado en Farsala los gradenses, el pueblo entero, como un ejército disciplinado puesto en marcha por el glorioso empeño de una nueva cruzada. Guiábalos, moderno Pedro el Ermitaño, el joven Mario Escós, caudillo en quien todos veían más que al jefe al heredero del muerto ilustre que á honrar venían.

En la estación fueron recibidos por todos los magnates y magnatillos de Farsala, puestos en danza por un artículo aparecido aquella mañana en el primer periódico de la ciudad. Jorge Antón quiso hacer subir á Escós en su coche, invitándole á una reunión que aquella noche había de celebrarse en el Palacio de la Democracia, con objeto de dar los últimos toques al movimiento. Escós

hubo de pretextar grandes necesidades de descanso para no asistir, y buscando la compañía de sus queridos gradenses, repartiéronse por la ciudad buscando alojamiento donde pasar la noche.

Mario, en la fonda donde hubo de acogerse, recibió la visita de D. Baltasar del Tigris, el cual aseguróle que el aniversario lograría éxito, pues todo estaba bien preparado. Invitóle á cenar para el día siguiente, pero Escós no aceptó, á pesar de lo mucho que el magnate hubo de insistirle.

Durante la mañana de aquel día, segundo aniversario de la muerte de Corazón, las calles de Farsala viéronse mucho más animadas que de costumbre, contribuyendo á tal animación la presencia de los gradenses llegados la noche anterior. En grupos de tres ó cuatro recorrían las calles aquellos hombres rudos y toscos, descendientes de los fieros almogávares, en cuyas caras veíase reflejada la nobleza de sus caracteres, el llano trato de su condición honrada. Eran ejemplares magníficos de una raza que perdiera su virilidad en las ciudades, empobrecida en el ambiente mezquino de la vida actual, y que sólo brillaba con su pristina grandeza en aquellas comarcas lejanas, allí donde nunca llegaron los muelles y embriagadores deleites de este vivir tumultuoso de

las grandes capitales. ¡Almas templadas sobre el yunque de la naturaleza fiera, cuerpos hechos al huracán frigidísimo de la nevisca, espíritus robustecidos por el aire puro de las cimas serranas!

No sin temor veíanse pasar aquellos hombres, que si en calma abrieran su pecho á los afectos hondos y seguros, en tumultuoso desbordar de ira sabrían ser leones para acometer violentos y de tenaz condición para hacerse irresistibles. Y aumentaba la incontenible zozobra verlos cruzar en grupos, con un gesto retador en los ojos, graves y mudos como si guardasen el secreto de un misterioso designio, y haciendo girar entre sus manazas rudas las recias cachiporras de que venían armados.

El programa señalaba las dos y media de la tarde como la hora para reunirse la comitiva, y las tres para empezar la marcha hacia el cementerio de las Vides. El punto de reunión era la puerta del Carmelo. Media hora antes de la señalada llegaron los gradenses al lugar de la cita. Formaban un grupo imponente, y cuando guiados por Mario Escós hubieron de aparecer en el ancho paseo por donde el desfile debía comenzar, sorprendiéronse de no hallar la afluencia extraordinaria de público que ellos esperaban.

Había gente, sí, pero examinada por ojos de observador sagaz, advertíase que buena parte de aquella multitud estaba formada por curiosos, gentes de esas que van adonde va la gente, lo mismo á la inauguración de un monumento que al entierro de un militar retirado. Público frío, que ni se entusiasma ni se indigna, viendo pasar con la misma tranquilidad un batallón al volver del tiro que una banda de música anunciando un festival de títeres. Gente vaga, ruin conjunto de curiosidades mezquinas, rebaño vil de menesterosos holgazanes y de ahitos burgueses, nietos de Sancho Panza.

Mario sintió un momento el temor de que su plan no llegase á puerto seguro. Pero pronto cayó en la cuenta de que hallábase entre españoles, entre quienes tienen por costumbre no llegar nunca á la hora marcada.

Poco á poco fueron acudiendo comisiones y más comisiones, vino detrás Jorge Antón con un grupo de cuarenta ó cincuenta, entre los que flameaban rebeldes algunas rojas chalinas, y por último llegó el caballero del Tigris, tras el cual seguía un flamante rebaño de chisteras recién planchadas.

Jorge Antón, apenas llegado junto al joven

caudillo de Hoscabe, apartóse con él del resto de sus acompañantes y comenzó á enterarle de algo que le tenía profundamente contrariado.

—Era una lástima que no hubiese asistido la noche anterior á la reunión preparatoria. Quizá su presencia hubiera evitado el conflicto. Porque, aquello, había terminado como el Rosario de la Aurora... Imposible llegar á buen puerto con la eterna carga de rencillas y malquerencias, que en tantas ocasiones hicieran zozobrar la nave roja. Al ponerse sobre el tapete la cuestión del movimiento, cada uno había expuesto y defendido un plan distinto, extraído de su particular mollera. Para unos lo importante era cortar inmediatamente las líneas de comunicaciones, que otros juzgaban de indispensable necesidad para comunicar á Hesperia lo sucedido y que por todas partes cundiese el ejemplo de Farsala. Según algunos el movimiento debía dirigirse principalmente contra los edificios religiosos, mientras que otros reclamaban la prioridad destructiva para las oficinas del Estado, hormiguero de todas las miserias gubernativas. Y en definitiva, no hubo punto alguno en el que todos estuviesen acordes. Como tantas otras veces el movimiento había fracasado antes de ponerse en marcha, ahogado por

la intransigencia de unos y la envidia de otros, que se consideraran injustamente postergados en los acuerdos directivos.

Jorge Antón no había dormido en toda la noche, ni aparecido por su morada, yendo de casa en casa con la sana intención de ver si conseguía templar todas las gaitas destempladas. En algunas casas le habían abierto, en otras diéronle con la puerta en las narices. Después de un trabajo ímprobo logró reunir aquellos pocos que con él venían, para no hacer un desaire á los nobles gradenses que acudieran al llamamiento de los avanzados. Pero si la primera parte del programa se iba á poder realizar, lo que es la segunda debía considerarse completamente fracasada.

Esto es lo que el caudillo de los avanzados explicó al joven de Hoscabe, el cual, sin hacer ningún comentario, ocupó su puesto en la comitiva que se puso inmediatamente en marcha.

Fué un desfile silencioso. Los gradenses, bajas sus cabezas, marchaban como si meditasen una resolución grave, hija del despecho y del dolor, de la ira y del asco. Los demás, mostrando estar más acostumbrados á tales desfiles, caminaban conversando como si marchasen á una boda, mientras que el sol, naufragando su luz en un mar de

aborregadas nubes torvas, parecía sonreirse irónico de los unos y de los otros.

Cuando la comitiva penetró en el cementerio y rodeó el túmulo funerario de Juan Corazón, una inquietud temerosa invadió el espíritu de cuantos hasta allí habían llegado. No parecía sino que temblaban ante la idea de que el muerto abandonase su huesa, para apostrofarles con la misma viril dureza que lo hiciera en vida.

Un grupo de jóvenes rojos comenzó á entonar la Marsellesa, creyendo sin duda que no había responso mejor indicado; pero alguien debió imponer silencio sobre aquel conato de irreverencia musical, porque el himno fué poco á poco extinguiéndose, como un castillo de fuegos artificiales que se apaga.

Mario, puesto á un lado delante de los gradenses, observaba en ellos la impresión del mausoleo, del honor rendido al Maestro. Los ojos de aquellos fieros montañeses fulguraban torvos, ante la ignominia de aquella iniquidad de yeso y piedra.

Comenzaron los discursos, flores de trapo arrojadas sobre la tumba del ilustre alaconés olvidado. El caballero del Tigris cerró la serie, sin que su perorata descollase sobre las demás. Y con

aquello todo pareció terminado, iniciándose el desfile.

Fué entonces cuando Mario Escós, haciendo ademán de hablar, contuvo la desbandada del público que se agrupó para escucharle.

—“Farsalanos:—dijo el joven caudillo, mirando de hito en hito á los presentes.—Estáis ante la tumba del Maestro, de vuestro paisano ilustre, de aquel “León de Gradás” cuya historia es una epopeya de hidalguía y de civismo. Entre los suyos murió, y vosotros lo arrancasteis de entre los brazos que cariñosos le acogieron en vida, para con más grandeza honrarle en vuestro suelo. ¿Qué habéis hecho para cumplir la promesa que nos hicierais al entregároslo? Olvidarle en este retiro silencioso, y consentir que cuatro indignos mercaderes de los más santos ideales, cubriesen sus cenizas con la ignominia de un pobre túmulo impropio de su grandeza. ¿De este modo cumplís vuestras promesas? ¿Es este el hidalgo proceder de quienes cuentan una historia tan honrosa como la vuestra? Para cumplir así, ¿por qué nos lo pedisteis? Para olvidarle tan pronto, ¿por qué os mostrasteis tan doloridos por su muerte? Para enterrarle de este modo, ¿por qué no dejasteis que nosotros lo enterrásemos? Yo, en nombre de es-

tos bravos y fieles gradenses que me escuchan, condeno vuestro proceder inicuo con todas las recriminaciones de mi conciencia, de mi corazón y de mi alma”.

La impresión que las palabras de Mario Escós produjeron fué profundísima. Un murmullo de protesta cabrilleó entre la muchedumbre, y algún brazo airado alzóse en ella para amenazar al sincero, al honrado fiscal de un pueblo y de una época. Pero todo cesó, y de nuevo su palabra tremoló altiveces justicieras sobre el silencio de la muchedumbre.

—“Habéis demostrado no merecer el sagrado depósito de que os hicimos entrega, al día siguiente de su muerte. Habéis demostrado, vosotros, y con vosotros Farsala, y con Farsala Alacón, y con Alacón Hesperia entera, que Corazón fué tal en su grandeza y tal en su bondad, que no quiso empequeñecer su pensamiento presintiendo la ruindad miserable de su pueblo, de su patria chica y de su patria grande. No debisteis consentir que hiciesen con su memoria liquidación de póstumos deberes. No debisteis tolerar la suprema ignominia de este sepulcro indigno. Alguien debió mostraros que era más honroso y más grande un fosal humilde sembrado de flores,

renovadas por el recuerdo á medida que el tiempo las marchitase, que hundir sus cenizas bajo el peso de unos pedruscos voceadores de vuestra ruindad. ¿Qué hacer ahora para borrar esta página deshonorosa del homenaje á Juan Corazón? Lo que hago yo en este momento, delante de todos vosotros, testigos de cómo debiéramos haber acogido en Gradass á los que tan vergonzosamente vinieron á timarnos el muerto”.

Y puso remate á su peroración, descargando un garrotazo sobre una de las endeblas columnillas del mausoleo, que saltó hecha mil pedazos.

La indignación de *los cachorros del león*, azuzada por el discurso de Mario, desbordóse altiva é iracunda. La muchedumbre presenció absorta cómo aquellos hombres daban rienda suelta á sus contenidos deseos, arremetiendo contra el monumento con tal furia y ardor tal, que fué obra de pocos minutos convertirlo en escombros.

Asombrados ante la bárbara pujanza de los vengadores, nadie acertó á moverse del sitio en que quedara petrificado, ni á interponerse pacificador para contener la obra destructora. Los gradenses animábanse con palabras de su particular dialecto, turbando el recinto de la muerte con una espantosa greguería.

Pasados los primeros instantes, algunos señores de los que presidían la cõmitiva, entre ellos el caballero del Tigris y la nutrida hueste servil de sus adláteres, quisieron refrenar con la quini-na de sus palabras la fiebre destructora de los descendientes del Héroe. Pero, entonces fué ella. De tal modo los ánimos de los fieros cachorros se enardecieron, que sin oír las voces de Escós llamándoles á capítulo, arremetieron contra aquéllos con tal furia y tal ardor, que parecían querer vengar en sus costillas el comportamiento desairado de la nación entera.

Llovían garrotazos que era una bendición de Dios. Disperso el grupo ante la brusca arremetida de los vengadores, los unos buscaban la huída atravesando los cuadros de tierra sembrada de tumbas, derribando cruces y tronchando plantas; los otros, ciegos de pavor ante aquellos hercúleos brazos que les buscaban para zamarrearles, tropezaban en los tûmulos, tratando de guarecerse tras las verjas que defendían el acceso á los panteones. Huyendo de las violentas arremetidas, empujábanse unos á otros para llegar antes á la salida, allí donde se les ofrecería el ancho campo de la carretera para huir.

Cuando la masa fugitiva cruzó la puerta del

camposanto, apelotonándose en ella como un rebaño empavorecido busca salida del redil que arde, los airados gradenses siguieron tras ella, magnificándose el espectáculo en la vastedad del campo libre.

Nada más hermoso que la furia de aquellos hombres sanos, nacidos en la paz silenciosa de las montañas, que habían personificado en su paisano ilustre la representación contemporánea de un héroe legendario, y como personajes de leyenda queríanle vengar epopéyicamente.

El camino en cuesta semejaba un torrente con rabiosa violencia desbordado, un aluvión que cayese desde la cumbre de una montaña; y en este caso las cabezas de los fugitivos eran pedruscos arrastrados en impetuosa desbandada arrolladora. La Marsellesa, que tremolara marcial sobre el pudridero de las tumbas, había muerto en las gargantas estrangulada por el terror. Corrían los dispersos, y la tierra bataneada por sus talones resonaba como bajo un tropel de bestias espantadas; á lo lejos las luces de la ciudad brindaban un puerto de refugio, al que habrían de acogerse los perseguidos si les daban tiempo de llegar los fieros nietos del león, sus cachorros heroicos y vengadores.

Cuando el rebaño loco cruzó el puente sobre el Canal, Mario Escós, que en vano había pretendido sujetar á sus paisanos, logró ponerse á la cabeza del grupo, y casi amenazándoles, consiguió detener las huestes tundidoras.

Aún hubo algunos que no satisfechos con lo que habían realizado, pretendieron insubordinarse y seguir tras la pista de los fugitivos. Escós tuvo que echar mano de toda su fuerza moral sobre los gradenses, para detenerlos en su bélica jornada. Cuando tuvo á todos rodeándole, hablólles de este modo:

—Dejadlos ir... ¿Para qué perseguirles, si no es posible exterminarlos? Son la raza espúrea de los farsantes políticos, engendrados en la matriz del más vergonzoso caciquismo. Dejemos que los roedores vuelvan á sus madrigueras infectas, y regresemos á nuestras montañas huyendo la peste de sus lanas sucias y piojosas.

Y poniendo fin á su arenga, lanzó en un amplio voleo la estaca de que armado venía, que fué á hundirse para siempre en las aguas infectas del Canal.

El silencio de los gradenses mostró su aquiescencia con las palabras del joven caudillo, á tiempo que una sección de la guardia civil apa-

recía en el fondo de la alameda, galopando á rienda suelta hacia el cementerio.

Los gradenses, con Escós á la cabeza, cruzaron silenciosos ante los tricornios, y siguieron su camino con el aspecto tranquilo de quien vuelve de cumplir un sagrado deber.

Octubre, 1911.

FIN



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Obras de J. García Mercadal.....	2
Dedicatoria.....	5
I.—Antecedentes del Héroe.—La agonía del león.—Los hombres representativos de la tierra alacónesa...	7
II.—La hermana y los íntimos del Maestro.—La asamblea de los rojos.—La noche trágica de Corazón.—El León no recibe.....	19
III.—La batalla del león, la tregua del tiempo y la victoria de la muerte.....	35
IV.—El pleito de los sepultureros.—Un gobernador en brasas.—El triunfo de Farsala.....	53
V.—Las comedietas de la muerte.....	69
VI.—El muerto al hoyo, y el vivo... á la mesa.....	79
VII.—La cerrazón del olvido.....	85
VIII.—Los obreros gritan y los rojos se despiertan...	95
IX.—Conspiradores de gorra.—Del caño al coro.—La campana de Hoscabe.....	101
X.—Excursión macabra.....	113
XI.—La cruzada de los gradenses.....	123
XII.—La romería de Corazón y su desenlace, que lo es de esta historia sólo á medias falsa.....	129



EDICIONAL VARI RUM

LIBROS PUBLICADOS

	<u>PESETAS</u>
Arnold Bennett. —LA MUJER BONITA, novela. Versión española de A. Ruste.....	4,50
Mark Twain. —...Y LA BURRA EN LAS COLES, novela. Versión española de Antonio Porras.	4,50
M. Gorki. —EN LA CARCEL, novela. Versión española de Luis Torres.....	4
Bret Harte. —EL MONTE DEL DIABLO, cuentos. Versión española de Gerardo Medel....	4
Arnold Bennett. —EL AUDAZ MACHIN, novela. Versión española de César Utrilla.....	4,50
J. L. Heiberg. —MATRIMONIO DESIGUAL, novela. Versión española de Jorge Gallego....	4
Carmen Sylva. —¡CASADO!, novela. Versión española de J. García Mercadal.....	4
Arnold Bennett. —AMOR SAGRADO Y PROFANO, novela. Versión española de A. Ruste...	4,50
Turguenev. —EL ESPADACHIN, novelas. Versión española de Antonio Porras.....	4
F. Dostoievski. —NIETOUCHKA NEZVANNOVA, novela. Versión española de J. García Mercadal.	4,50
Ciril-Berger. —LA MARAVILLOSA AVENTURA DE SANTI STAPLETON, novela. Versión española de J. García Mercadal.....	4,50
Neel Doff. —STIENTJE, novelas. Versión española de J. García Mercadal.....	5
Leonidas Andreiev. —EL OCEANO, novela. Versión española de A. Ruste.....	5
Hawthorne. —LA LETRA ROJA, novela. Versión española de A. Ruste.....	5
Jonas Lie. —EL FORZADO, novela. Versión española de Antonio Porras.....	4
F. Herczeg. —EL YANQUI AVENTURERO y CORAZON DE HOMBRE, novelas. Traducción del húngaro por Andrés Révész.....	4

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

INSTITUTO BIBLIOGRAFICO ARAGONES

BIBLIOTECA DE ARAGÓN



1086888

LECH. 742

LE

J. GARCIA
MERCADAL



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

LOS
CHORROS
DEL LEON



LECH-742

(a)